

CELIA & EVA

GUERRA DE LIKES



CELIA & EVA



GUERRA DE *LIKES*

Ilustraciones de **Judit Mallol**


ALFAGUARA

SÍGUENOS EN

megustaleer



[@megustaleerebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Queríamos dedicar este libro a nuestras familias por apoyarnos día a día y ayudarnos a perseguir nuestros sueños, a nuestros amigos por estar siempre ahí y sobre todo a nuestros seguidores porque sin vosotros nada de esto sería posible. ¡Os queremos!

CAPÍTULO 1



Zzz, zzz, zzz, hacían las abejas. Venían a por mí. ¡Con el mal rollo que me dan los bichos! *Zzz, zzz, zzz*. Me enseñaban el aguijón. Quise correr, pero nada, no podía moverme. Intenté gritar, pero no me salía la voz.

Cuando estoy muy agobiada, tengo pesadillas de estas. No puedo huir, ni gritar, ni hacer nada. Se llama parálisis del sueño, y se pasa fatal. Llevaba ya unas cuantas noches así, pero aquella iba a ser la última que iban a fastidiarme. En cuanto vi que estaba soñando, me obligué a abrir los ojos. Porque a mí a cabezota no me gana nadie. ¡Ni yo misma en sueños! Y, claro, en la habitación no había ni abejas ni nada... ¡Era mi móvil vibrando debajo de la almohada!

En fin.

No solo estaba fatal, también iba fatal. Porque si me había sonado la alarma era que llegaba tarde al instituto.

Tarde no: tardísimo.

Lo cogí y toqué la pantalla para que se callara de una vez. Luego lo tiré a la otra punta de la cama. Me tapé la cabeza con la almohada e intenté seguir durmiendo.

Pero se me había quitado el sueño. Me senté y resoplé, enfadada. Menuda manera de empezar el día. No me apetecía nada ir al instituto. Segundo de Bachillerato iba a acabar conmigo. Y eso que estudiaba la rama de Arte, que

era la que tenía las asignaturas que más molaban. Aunque las iba sacando más o menos, sin dejarme ninguna para septiembre, ir a clase se me hacía muy cuesta arriba. Memorizar, hacer trabajos..., todo me parecía un rollazo, superpoco creativo. Tenía todas las ganas de que se terminara el curso. Lo que yo quería era dedicarme a las cosas que me gustan de verdad: comunicar cosas con imágenes, con vídeos, con fotos...



Pero, sobre todo, con música.

Como la que se escuchaba al otro lado de la almohada. Por el móvil sonaba *Brand New Day*. Es el temazo de *Camp Rock 2*, una peli que me encantaba de pequeña, en la que salen Demi Lovato y los Jonas Brothers. Empieza lenta, pero en segundos se convierte en un chute de energía. Era la canción con la que me despertaba todas las mañanas. El móvil había empezado fastidiándome..., pero parecía que se había arrepentido y ahora me estaba pidiendo perdón.

Aunque seguía cabreada, la música me animó. Y es que no hay casi nada que no mejore con música. Es lo que más me gusta del mundo: escucho todo tipo de géneros y me paso la vida buscando nuevos grupos, estilos, temas... Es como una medicina para mí. La escucho constantemente y no voy a ninguna parte sin mis cascos. No me imagino la vida sin banda sonora.

Y tampoco sin cantar.

It's a brand new day and I'm feeling good, decía Demi. Un día nuevo, para sentirse bien. Igual lo mejor era hacerle caso. Saqué la cabeza de debajo de la almohada, cogí el móvil y me metí en Instagram. Seguía igual de muerto que la noche anterior, cuando subí la última foto que había hecho. YouTube igual: mi última *cover* de *Do I Wanna Know?* de Arctic Monkeys seguía teniendo menos de cien visualizaciones y cuarenta *likes*. Todos de amigos míos o de mi hermana pequeña. Qué triste.

Me volvió a dar un poco de bajón, y estuve a punto de meter la cabeza otra vez debajo de la almohada. Pero entonces el móvil volvió a zumbiar.

Un mensaje de César.

César: Despierta, lirón.

8:05

Eva: ¿Cómo sabes que estaba dormida?

8:05

César: Porque te conozco mejor que nadie. 😊

8:06

Eva: Eso es lo que tú te crees.

8:08

César: Venga, que paso a buscarte con la moto. Llego en 10 min.

8:08

Aunque me repateara reconocerlo, César llevaba razón. Me conocía mejor que nadie. Por eso era mi mejor amigo.

Por eso, y porque siempre sabía cómo hacerme sonreír.

Aparté el nórdico de un tirón, cogí la ropa de la silla —me la dejo preparada por la noche porque, si no, sí que no llego nunca— y me metí en la ducha cantando.

—¡Eva! —gritó mi padre al escucharme en el baño—. ¿Todavía sigues aquí?

—Ya casi estoy lista, papá, no me agobies —le dije, abriendo la puerta.

Puc, mi perro, vino a saludarme, y me agaché para acariciarle entre las orejas.

—¿Quieres que te lleve para que no llegues tarde? —me ofreció mi padre.

—No, viene ahora César a buscarme.

—Vale. Oye, Eva, no te olvides de que a mediodía tengo reunión, así que no voy a poder pasar a recogerte. ¿Llevas dinero para el autobús?

¿Qué? ¿El autobús? ¿En serio?

Odiaba el autobús. Había que hacer mil transbordos y tardaba media vida en volver a casa.

—Eva, no me pongas esa cara, que sabes que no...

Cerré la puerta del baño de un portazo.

Pero eso fue porque todavía no sabía lo mucho que ese viaje en autobús me iba a cambiar la vida.



—Piti, plasta, quita de encima, que me tengo que levantar.

El bulto peludo y calentito que tenía en la tripa protestó clavando las uñas en la colcha. Menudo genio tiene la tía.

—¡Ay! —me quejé.

Mi gata debió de quedarse a gusto, porque un segundo después ya estaba otra vez roncando. La empujé al borde del colchón y se quedó ahí repanchingada, con las patas delanteras colgando.

—Estás hecha toda una equilibrista profesional —le dije, saliendo de la cama con cuidado de no despertarla.

Luego fui a la mesilla de noche y encendí el móvil. Llevaba toda la noche apagado, y estaba nerviosa. Desbloquéé la pantalla y cerré los ojos. Luego los abrí un poquito. Lo justo para darme cuenta de que todo seguía igual.

En la pantalla no había ni una sola notificación nueva. Ni un *like*, ni un seguidor más en YouTube o Instagram. Ni siquiera un mensaje de Julia y Marta, mi *squad*, para decirme que les había gustado el último vídeo que había subido antes de acostarme. Nada de nada de nada. Con lo mucho que me esforzaba porque mis redes ganaran seguidores... De verdad que no lo entendía.

—Venga, menos drama —me dije, mirándome al espejo.



Y entonces hice lo que siempre hago para animarme. Abrí el reproductor de música y lo conecté al altavoz de mi habitación. En casa estaban ya todos despiertos —bueno, todos menos Piti, que seguía roncando—, así que ni me preocupé de bajar el volumen. Necesitaba ponerme las pilas, y *Brand New Day* era el tema perfecto.

So drama free, I'm all about the music, I just wanna sing, watch me live out my dreams...

Igual cantándolo en voz muy alta conseguía que se hiciera realidad.

Al ritmo de la música, preparé la mochila para el instituto, elegí la ropa que me iba a poner, cogí el neceser de maquillaje y fui al baño. Ya estaba mucho más animada, como si el temazo me hubiera recargado la batería interna. Es mágico: las buenas canciones siempre consiguen que todo parezca mejor de lo

que es.

En el baño no se escuchaba el altavoz, pero tampoco hacía falta. Aquella era mi canción favorita para despertarme y me la sabía de memoria. Así que, por supuesto, me puse a dar un concierto en acústico bajo el chorro de agua caliente. Una, que a veces se pasa de diva.

Y se olvida de que no vive sola.

—¡Celia! —me dijo mi hermana, entrando en el baño mientras me delineaba los ojos. ¡Menudo susto me dio! Se me escurrió el *eyeliner* y me pinté una raya hasta la ceja—. ¡Baja el volumen, motivada, que son las siete y media! ¡Se van a quejar los vecinos!

—Ay, es verdad, Ruth, perdona. Te juro que no me había dado cuenta.

—No pasa nada —sonrió ella—. Aunque tampoco creo que protesten mucho, porque cantas de maravilla. Has nacido para ello.

—Gracias —le dije. Se me pusieron las mejillas rojas..., y eso que todavía no había sacado el colorete del neceser—. Pero eres la única que lo piensa. Las visitas a los vídeos de mi canal siguen igual que hace dos meses, cuando me lo abrí.

—Ten paciencia, Celia —me dijo Ruth, acercándose para borrarle con una toallita húmeda la mancha de maquillaje. Mi hermana es la mejor. Cuando arregló el desastre, me besó en la mejilla—. No te vas a hacer famosa en YouTube de un día para otro.

Ruth es mi hermana mayor, mi mejor fan, y casi siempre llevaba razón en todo.

Y digo casi porque aquel día, en el baño de nuestra casa, se equivocaba.

CAPÍTULO 2



—Venga, abajo —me dijo César, tocándome en el casco con los nudillos.

—¿Ya? —le pregunté, levantándome la visera—. ¡Pero si has aparcado superlejos! ¡Vamos a tener que andar mazo!

—¡Encima que te paso a buscar! —protestó él.

Pero no estaba enfadado. César no se enfada nunca. Y conmigo menos.

Entonces, alguien me dijo:

—«Encima que te pasa a buscar...». Deberías darle un besito en vez de echarle tanto la peta.

Me quité el casco para ver quién me la estaba echando a mí. Y vi a Lara e Iván, cruzados de brazos en la acera. Partiéndose de risa de nosotros.

Lara e Iván son de nuestra *crew*, nuestros mejores amigos. Pero en primero empezaron a salir y... se convirtieron en dos lapas. Los quiero un montón, aunque a veces son un pastel. Y yo creo que es culpa suya que la gente se pase la vida *shipeándonos* a César y a mí. Cévar, nos llaman.

Sí, muchos loles, pero no.

César y yo solo somos amigos.

Nada más.

Pero a Lara, por lo visto, le hacía mucha gracia el salseo y aprovechaba la mínima oportunidad para meterse con nosotros. Así que, para fastidiarla, le planté un beso a César en la mejilla antes de bajar del sillín. A él le pilló de

nuevas y se puso igual de rojo que el casco de la moto.

—¿Cévar es real? —me preguntó Lara, dando saltitos de emoción.

—Sí: en la película que te has montado en la cabeza —respondí yo, intentando arreglarme el pelo. Después de quitarme el casco, parecía que había metido los dedos en un enchufe.

—Anda, daos prisa, que vamos a llegar tarde —dijo César, intentando cambiar de tema mientras guardaba los cascos debajo del asiento.

—Esperad un momento —les pedí, aprovechando para retocarme la raya en el retrovisor.

—Ay, es verdad, que la *influencer* tiene que estar perfecta —se metió conmigo Iván.

Sabía que iba en broma, pero me dolió. Me guardé el *eyeliner* en la mochila y eché a andar sin decirles nada.

Lara vino corriendo detrás de mí para alcanzarme.

—Oye, Eva, no te rayes —me dijo—. Que Iván estaba de coña, no iba de malas.

Iván se puso a su lado y se llevó las manos a la cabeza. Era su manera de pedirme perdón.

—Sí, a veces es un poco bocazas, pero es buen tío —dijo César, poniéndose a mi lado y mirándole de reojo.

—No, si no me rayo —dije yo, pasando un poco del tema—. Iván tiene razón, soy la *influencer* más penosa de la historia. Esta mañana, cuando me he metido en YouTube, el vídeo que subí anoche cantando *Do I Wanna Know?* de Arctic Monkeys no lo habían visto ni cien personas.

—Pero eso es mogollón de gente —intentó animarme Lara. Al ver que yo sonreía de medio lado, añadió—: ¿No?

—No, la verdad es que, en redes sociales, es como si no lo hubiera visto nadie.

—¡Yo te di un *like*! —dijo Iván, como si con eso se me fuera a olvidar lo de antes.

—Ah, mira, pues ya solo me quedan 900 visualizaciones para llegar a mi primer «K» —le quité yo importancia—. En realidad da igual, es una tontería. Nunca voy a llegar a nada con esto. Debería olvidarme, y ya está.

—No digas eso, Eva —me animó César—. Tienes una voz preciosa y muchísimo talento. Solo tienes que tener paciencia y seguir haciendo lo que haces.



—No te rías tú también de... —dije, dándome media vuelta para mirarle.

Pero César sonreía de oreja a oreja. ¿En serio creía que un día mi música y mis vídeos llegarían lejos? ¿O se estaba quedando conmigo, igual que Lara e Iván?

Me quedé mirándolo para intentar adivinarlo..., y, por su culpa, estuve a punto de dármele.

No me acordaba de que justo delante del instituto, en medio de la calle, hay

una farola. Casi me estampo contra ella, pero César estuvo atento y me cogió en brazos cuando tropecé. Con la carrerilla, él terminó con la espalda apoyada contra la verja del colegio y yo... abrazada a él como si fuéramos parejita.

—¡Cévar es real, Cévar es real! —se pusieron a canturrear unas chicas de la ESO.

César volvió a ponerse rojo.

Yo no. A mí casi nada me da vergüenza.

Y menos los salseos absurdos.

Así que entré en el instituto con la cabeza bien alta.



Cuando me bajé del coche, Julia y Marta me estaban esperando en la puerta. Y Jaime estaba con ellas.

Me puse supernerviosa al verle. ¿Qué hacía con mis amigas? Nos había tocado hacer un par de trabajos de grupo juntos y nos llevábamos guay, pero casi no tenía relación con mi *squad*. Me puse nerviosa porque Julia y Marta se traían mucho cachondeíto con que tenía un *crush* conmigo. Bueno, y con que él me gustaba a mí. Jaimelia para arriba, Jaimelia para abajo... Que, además, se les da fatal *shipear*, porque ese nombre es lo peor. Vamos, que me tenían frita. Y más que me iban a freír: cuando vieron la cara que puse al verlos juntos antes de salir del coche, los tres se empezaron a reír.

Me espera un día interesante, pensé mientras cerraba la puerta del coche. Y no me di cuenta de que lo había hecho hasta que mi hermana le dio un golpecito al cristal.

—¿Desde cuándo te vas a clase sin despedirte? —me dijo Ruth, haciéndose la enfadada, cuando bajó la ventanilla.

—Ay, es verdad, perdona —le dije, acercándome para darle un beso—. ¡Que no te la líen mucho los niños!

—A ver si es verdad —respondió ella, que de repente se acordó de que

tenía que enfrentarse a una clase llena de bestiecillas de tres años—. ¡Y tú no la lées mucho en el instituto!

—¡Qué va a liar esta, si es un angelito! —le gritó Julia desde la acera. Mi hermana sonrió, subió la ventanilla y arrancó el coche.

Yo me acerqué a la puerta del insti, sin saber a quién era mejor saludar primero.



Jaime me ayudó.

—Hola, Ce —me dijo con una sonrisa.

—Hola, Jota —respondí yo, intentando disimular el palo que me daba la situación.

—Anda, mira: Cejota es mucho mejor nombre que Jaimelia... —escuché decir a Marta entre dientes.

Julia le dio un codazo disimulado para que se callara, pero a ella se le escapó una risilla. Jaime la oyó, pero hizo como que no.

—He venido a devolverte el libro que me prestaste sobre Canadá —me dijo—. Me suena que lo necesitabas para el trabajo de Geografía.

—¡Ah, gracias! —le dije—. ¿Al final te vas a animar a irte a estudiar inglés allí en verano?

—Uf, me encantaría. Con lo que he leído y todo lo que me has contado... —me dijo él.

—Es un país alucinante, a mí me encantó vivir allí —me empecé a emocionar.

—¿Y no te apetecería volver? —me preguntó, con media sonrisa—. Igual podrías hacerme de guía...

Julia y Marta ya no se aguantaron más y se echaron a reír a carcajadas.

Tuve ganas de matarlas, pero decidí pasar de ellas.

—Este verano creo que me voy a apuntar a una academia de canto, a ver si aprendiendo algo de técnica consigo mejorar un poco...

—¿Mejorar? —me preguntó—. Pero si ya cantas genial. ¿En qué tienes que mejorar?

—Pues en el número de seguidores de mi canal, por ejemplo, que sigue estancado... —me quejé.

—Uf, yo si fuera tú casi preferiría que se quedara como está —opinó Julia—. A mí me daría mogollón de corte grabarme en vídeo y colgarlo para que lo vea todo el mundo. Imagínate que te empiezan a salir *haters*... Yo me muero.

—Bueno, es el precio por tener *followers* —le respondí yo, sacándole la lengua y agarrándola del brazo.

Pero un segundo después se lo solté.

—¿Qué pasa? —me preguntó Marta.

—¿No lo habéis oído? —pregunté, agachándome junto a un hueco en la verja en el que había escuchado un ruido.

—¿Escuchar el qué? —preguntó Jaime, agachándose a mi lado.

—El maullido —dije, metiendo la mano en el hueco. Dentro había un gatito diminuto y muy asustado. Estaba atrapado, y se parecía mucho a Piti—. Ven

aquí, pequeñín, que no te voy a hacer daño... —dije, agarrándolo del lomo para ayudarlo a salir. Pero el gato se asustó y me dio un buen zarpazo—. ¡Ay! —grité, sacando la mano al notar las uñas.

Ya libre, el gatito salió disparado del hueco y cruzó corriendo la carretera.

—¿Estás bien? —me preguntó Jaime, agarrándome la mano para verme el arañazo.

—Sí, no ha sido nada —le dije yo—. Cuando se cabrea, mi gata me araña todo el rato. Piti sí que es un poco *hater*.

—Bueno, supongo que es el precio por tener gato —me dijo él, con una sonrisa.

Entonces se dio cuenta de que me estaba tocando y me soltó, cortado. Se despidió de repente y se metió corriendo en el insti.

Julia y Marta no dijeron nada, pero, cuando le seguimos, las vi mirándome de reojo.

Y supe que ese día iba a terminar de Jaimelia (o Cejota) hasta las narices.

CAPÍTULO 3



Ciencias de la Tierra y el Medioambiente. CTM. Suena guay, ¿verdad? Bueno, a mí me lo sonó cuando lo vi entre las optativas de segundo de Bachillerato. Parecía fácil. Además eran ciencias, que mi padre decía que le daban seriedad al temario del Bachillerato artístico. Y había oído que no había que estudiar mucho, que si pasabas las prácticas de laboratorio aprobabas. Vamos, que la cogí sin pensármelo dos veces. Le hice tan buena publi que parecía que la profe me pagaba para patrocinarla. Y convencí a Iván, a Lara y a César de que se apuntaran conmigo, para que luego digan que no tengo madera de *influencer*.

Pero en qué hora.

Porque CTM no era ni un poquito fácil.

Y cuando estabas a otra, como yo aquella mañana, menos todavía.

—Anda, pásame el cloro —me pidió Lara, que era mi compañera de práctica.

—¿El qué? —le pregunté yo, apartando los ojos de la espalda de César. Llevaba toda la clase entera mirándole como si fuera lo más interesante del mundo.

—El cloro, tía, que estás en la parra —insistió Lara—. ¿La botellita esa que pone «Cl»?

Yo alargué la mano hacia el frasco que señalaba y se lo pasé.

—Y ahora hay que echarlo en la muestra de agua contaminada —me chivó el paso mi amiga.

—¿Y para qué?

—¡Pues para purificarla, para qué va a ser! ¡Si llevamos toda la clase hablando de eso! —se quejó Lara, que ya se estaba empezando a enfadar.

—¡Lara, Eva, haced la práctica en silencio! —nos regañó la profe.

—Perdón —me disculpé yo.

—Tía, ¿qué te pasa? —me preguntó Lara—. Llevas toda la clase en las nubes.

—Ya, lo siento... —le digo—. Es que le estaba dando vueltas a lo de César de esta mañana.

Lara puso morritos de pato y empezó a hacer como si me tirara besitos.

Yo puse los ojos en blanco, moví la mano como si fuera a darle un empujón de broma, y casi tiro el bote de cloro.

—¡Cuidado! —me dijo ella, poniéndose seria otra vez—. ¡Que esto destiñe la ropa!

—Vale, vale.

—Bueno, y si no estabas pensando en Cévar, ¿qué es lo que te tiene tan despistada?

—Lo que ha dicho del canal... —murmuré en voz baja para que no me oyera—. ¿Tú de verdad crees que tengo talento y que puede salir bien?

Lara se mordió el labio.

—Yo creo que tienes talento para rato... —dijo, por fin. Y entonces añadió—: Pero no sé si deberías tener tantas esperanzas puestas en eso. En Internet hay muchísima gente con talento..., y no todos triunfan, Eva.

—Ya, tienes razón —le dije, vertiendo el cloro en la muestra. Quería parecer ocupada para que no viera la cara de chasco que se me había puesto.

Pero me la vio igual.

—Venga, no te pongas así —me dijo—. Este finde grabamos juntas el *tag* ese de las 20 canciones, si quieres.

—Tía, pero si eso está pasadísimo de moda —dije, riéndome de la ocurrencia.

—Ya, pero seguro que no lo ha hecho nadie cantando veinte canciones con mi voz de gato afónico. ¡Ya verás, los *followers* van a subir como la espuma!

Y, en cuanto lo dijo, de donde empezó a salir humo como si fuera espuma fue del matraz del experimento.



—Oye, Lara, ¿seguro que era cloro lo que había que echar? —le pregunté, al ver que aquello se estaba convirtiendo en un volcán.

—Sí... ¡Pero no ahí! ¡Ese frasco tenía amoníaco! —gritó ella.

—¿Habéis mezclado cloro con amoníaco? —dijo la profesora, asustada. Parecía que se le fueran a salir los ojos de la cara—. ¡Hay que desalojar el laboratorio ahora mismo! ¡Acabáis de hacer vapor de cloramina! ¡Es muy muy MUY tóxica!

La profe de CTM abrió las puertas y las ventanas y nos empujó fuera de la

clase como si aquello fuera humo del infierno.

—¡Eva Bomber! ¡PUM! —dijo Iván cuando estuvimos fuera, partiéndose de la risa—. ¿No has pensado en hacer un vídeo con esto en tu canal? ¡Iba a ser un éxito!

Yo me quedé de piedra.

Lo que me había dicho por la mañana no iba en serio. Se había reído de mí.

—Oye, Eva, que era co... —me dijo, intentando tocarme cuando me vio la cara.

—Déjame en paz —le dije, cabreada.

Y me alejé por el pasillo sin darme media vuelta para mirarle.



El arañazo del brazo me dolía un montón. Y me tenía superdistráida. ¿Adónde se habría ido el gatito? ¿Estaría bien? Igual había sido mala idea sacarlo de allí... A saber qué más había en ese hueco que pudiera hacerle daño. Igual hasta una rata. ¿Y si de verdad había una rata y le había mordido? ¿Tendría algo en las uñas que me pudiera transmitir? ¿Y si se me infectaba la herida? ¿Me dejaría cicatriz? Me remangué el jersey para verme la marca y me la toqué con un dedo. La tenía roja e hinchada. En el descanso iba a tener que ir a la enfermería.

Y justo cuando iba a bajarme la manga otra vez, me vino un flashazo a la cabeza. Jaime cogiéndome el brazo para ver si estaba bien y acariciándomelo con cariño. Y luego apartando la mano como si quemara.

¿Qué había pasado por la mañana?

La verdad es que no entendía nada, había sido rarísimo.

Primero me había esperado con mis amigas para devolverme el libro, después había hecho bromitas sobre ir con él a Canadá y hacerle de guía.

Y luego me había dicho que cantaba genial.

¿Lo habría dicho en serio? ¿Vería mi canal? De repente me dio muchísima vergüenza que hubiera visto mis vídeos. Aunque claramente, por el comentario

que había hecho, algo había visto. ¿Por qué eso me daba corte ahora? ¿No era lo que yo siempre le comentaba a Julia cuando ella me decía que menudo corte? Que cuanta más gente me viera, mejor. Ahora no me podía dar corte exponerme. En realidad, no me daba palo que me viera cantar otra gente. Lo que me avergonzaba era que él hubiera visto los vídeos. Y no sabía por qué. ¿Llevarían razón Julia y Marta cuando decían que estaba por mí? Porque la verdad es que lo de irse corriendo sin despedirse había sido raro, pero las veces que habíamos quedado juntos nunca había tenido la sensación de gustarle. ¿O sí?



Julia y Marta estaban pesadísimas con el tema desde hacía unas semanas, así que igual habían notado algo que yo no, pero...

Uf, menudo lío. Ya no sabía qué pensar.

Me estaba montando yo sola una película como para ganar un Óscar.

Pero bueno, montarme pelis era una de las cosas que más me gustaba.

Como cuando me imaginaba que algún cazatalentos de repente encontraba mi canal, escuchaba mis *covers* y me ofrecía un contrato para grabar un disco. Sabía que eso solo le pasaba a Justin Bieber y gente así: empezaban subiendo

a YouTube *covers* que hacían en su habitación, con una cámara cutre, y ahora se comían el mundo. Pero soñar es gratis, ¿no? Y yo soñaba con que los seguidores de mi canal empezaban a subir, y pasaba lo del productor, y me llevaban a viajar por todo el mundo de gira, que podía componer mis propias canciones, grabar discos y actuar en directo delante de miles de personas...

Me estaba viendo en un escenario, dándolo todo con el micrófono en la mano, cuando una voz cansada me trajo de vuelta a la realidad.

—Celia, ¿me has escuchado? —me dijo el Hueso, mi profe de Historia, como si llevara repitiéndomelo un rato.

—Esto... No, perdón, ¿qué me ha dicho? —reconocí.

—Te he pedido el trabajo sobre el régimen de la Restauración.

—El trabajo sobre el régimen de la Restauración, pero... ¿eso no había que entregarlo mañana?

—Ayer a última hora os recordé que la entrega se adelantaba a hoy... —me dijo el profesor, enfadado—. Así que, por lo visto, hoy no es el único día que no me escuchas. ¿Dónde tienes la cabeza, Celia?

—En el planeta Jota —dijo Julia por lo bajo.

—En la galaxia Ce —rio Marta.

Las miré con cara de asesina y las dos se callaron.

—No me queda más remedio que ponerte un negativo, Celia, lo siento. A ver si así consigo que bajes un poco a la tierra.

Tenía razón: cada vez que me ponía a fantasear, me metía en una burbuja que flotaba sola.

Pero mi profe de Historia había hecho bien en pinchármela.

Así, cuando por fin dejara de hacerme ilusiones y me diera cuenta de que mis sueños solo eran eso, sueños, la caída me dolería un poco menos.

CAPÍTULO 4



Si es que me tenía que haber quedado en casa. Lo supe en cuanto oí el despertador. ¿Por qué no me fiaría más de mi intuición?

Desde que había salido de la cama, el día no había hecho más que empeorar. Primero, el numerito del abrazo con César en la puerta del insti, que había dado hasta para algún meme por WhatsApp. Luego, el numerazo en el laboratorio, que por poco intoxicó a la clase entera. Y, para rematar, cuando abrí la taquilla para sacar el almuerzo que me había preparado (pizza fría que había sobrado de la cena, y con la que llevaba soñando desde el desayuno), me di cuenta de que, con las prisas, me lo había dejado encima de la mesa de la cocina.

Al ladito de la cartera con el dinero.

Así que, por si no había hecho suficiente ridículo, ahora les iba a regalar a mis compañeros entradas para un concierto de tripas hambrientas.

Genial.

La guinda del pastel de un *fail* de día... que ni siquiera había terminado.

—Oye, Iván, ¿me prestas algo para comprarme una Coca-Cola? —le pregunté cuando le vi delante de la máquina de bebidas, dándole un mordisco a un bocadillo de tortilla que olía de maravilla.

—Pues me acabo de gastar los dos últimos euros que me quedaban en un par de latas para Lara y para mí —me dijo, sacándose el forro del bolsillo del

pantalón para que viera que estaba vacío.

No sé qué cara debí de poner, pero me la imaginó, porque corrió a tenderme los refrescos que tenía en la mano.

—Pero si te vas a poner así, te las regalo.

—No, da igual, si no es por eso —le dije, cambiando un poco el gesto—. Es que hoy tengo el día torcido.

—Y mi comentario de por la mañana no ha ayudado mucho, ¿verdad? —me preguntó, pasándome el brazo alrededor del hombro.

—Pues no mucho, no —reconocí.

—Ya, si es que soy un bocas, perdona —se disculpó por fin conmigo—. Me tendría que pensar mejor las cosas antes de decirlas.

—Te perdono si reconoces que soy tu *influencer* favorita —le dije, sonriendo—. Y si me dejas aceptar esa Coca-Cola que me has ofrecido. Es que me he dejado el almuerzo en casa y me estoy muriendo de hambre.

—Eso está hecho, Evipuc, mi *influencer* favorita —dijo, tendiéndome las dos latas abiertas—. ¿Te importa llevarle a Lara la suya? Me ha dicho que iba a estar en el banco que hay al lado de la cafetería.

—Claro —dije, animándome un poco. Cogí una lata con cada mano y eché a andar por el pasillo con cuidado de no tirar nada.

La disculpa de Iván me había recargado las pilas. Igual estaba exagerando un pelín: solo estaba teniendo un mal día, tampoco era para ponerme de tan mala leche. Además, solamente quedaban dos horas más de clase. Luego tenía toda la tarde entera para mí, para preparar el vídeo que iba a subir por la noche. El vídeo definitivo, con el que por fin mi canal iba a dar el subidón que necesitaba. Eso iba pensando, metida en mi mundo.

—Eva, ¡cuidado! —dijo una voz frente a mí.

Pero o lo dijo demasiado tarde, o yo iba tan a mi bola que no me di cuenta de que delante de mí se acababa de abrir una taquilla... contra la que me estampé sin poder remediarlo.

Las latas abiertas volaron por los aires y se derramaron en un charco en el suelo. Yo resbalé y caí de culo, empapándome la ropa de refresco.



—¡Eva, lo siento! —gritó por encima de las risas la misma voz que me había avisado.

La voz de César.

Me tendió la mano para ayudarme a levantarme, pero se la rechacé.

—Déjame en paz —le dije, antes de entrar en el baño para limpiarme un poco la ropa antes de volver a clase.



Menudo día, menos mal que quedaba poco para que terminara. Acababa de salir de que me curaran el arañazo en la enfermería (me habían puesto una pomada antibiótica y me habían dicho que no me preocupara, que en un par de días estaría bien), y ahora iba a la sala de profesores a intentar convencer al rancio del Hueso de que me quitara el negativo. El trabajo que me había pedido en clase ya lo había terminado, pero no me había enterado de que la entrega se había adelantado. Lo que me parecía una injusticia, además, porque era quitarnos un día entero para repasar algo, si lo necesitábamos...

Me planté delante de la puerta del claustro con toda la intención de montarle un buen pollo al profe.

Pero, en el último momento, no me atreví.

Porque, aunque me jorobara reconocerlo, el Hueso tenía razón. El despiste había sido culpa mía, que no estaba a lo que tenía que estar. Tenía que centrarme más en sacar bien el curso, aprobar Selectividad, elegir una carrera... Ahí era donde estaba el verdadero futuro, no en las películas que me montaba en la cabeza. Eso no quería decir que no pudiera seguir cantando ni subiendo vídeos al canal, pero tenía que ser realista y darme cuenta de que, por mucho que yo deseara que mis sueños se hicieran realidad, a veces las

cosas no eran tan fáciles.

—Anda, qué rápido has vuelto, ¿no? —me dijo Marta cuando me vio llegar a la cafetería.

—¿Ya te has camelado al Hueso? —añadió Julia, que estaba sentada en la mesa de al lado.

—Pues la verdad es que no —dije, intentando cambiar de tema.

—Pero has ido a hablar con él, ¿no? —me preguntó Marta.

—Bueno, no, pero he pensado que no merecía la pena perder el tiempo —dije—. Le llaman el Hueso precisamente porque es muy duro de roer. No iba a conseguir nada... ¡y encima me iba a quedar sin comer!

—¿Pero bueno! ¿Quién eres tú y qué has hecho con nuestra amiga? —dijo Julia—. ¿Desde cuándo tira Celia la toalla tan fácilmente?

—Eso, tía, que a ti a cabezota no te gana nadie... —me recordó Marta—. Si quieres algo, luchas por ello hasta que lo consigues, no importa lo mucho que te cueste.

—Pues igual ya va siendo hora de aceptar que hay algunas cosas que, por mucho que me esfuerce, no voy a conseguir —dije—. Estaré madurando, yo qué sé.

—Espera, espera un momento... Ya no estamos hablando del trabajo de Historia, ¿verdad? —me preguntó Julia.

—No... —dije, y no añadí nada más.

—Venga, deja de hacerte la misteriosa y cuéntanos qué te pasa —insistió Marta.

—No me hagáis ni caso —les dije, quitándole importancia—. Es que estoy un poco desanimada con lo del canal. Me esfuerzo mogollón por hacer vídeos chulos y versiones que sean distintas, y no sirve para nada, porque no los ve nadie. Y encima estoy tan centrada en eso que me estoy despistando de lo que es realmente importante. Como lo del trabajo de hoy.

—Menos mal que lo has soltado —dijo Julia—. Que se te estaba haciendo bola, tía.

—Te rayas demasiado, Celia —me dijo Marta—. Me da la sensación de que estás tan obsesionada con lo de que no tienes seguidores que ya casi ni lo disfrutas...

—Ya, igual tienes razón... —reconocí.

—Deberías hacer algo divertido, no sé, algo que hagas simplemente porque te apetece, no porque quieras ganar *likes* —me sugirió Julia—. Si quieres,

Marta y yo te ayudamos.

—¿Tú? —le pregunté, sorprendida—. ¡Pero si a ti te da mogollón de vergüenza salir en YouTube!

—Para que veas lo que estoy dispuesta a hacer por ti... —dijo ella, a regañadientes.



Me levanté para darle un abrazo... y, sin darme cuenta, se me enganchó el tobillo entre las patas metálicas de la silla. Antes de llegar hasta mi amiga, la silla y yo terminamos en el suelo, armando tal escándalo que la cafetería entera se giró para mirarme. Algunos sacaron los móviles para hacerme fotos y vídeos.

Jaime le pidió al chico con el que estaba sentado que guardara el suyo.

Julia y Celia intentaron disimular, pero no pudieron contener las carcajadas.

—Mira, igual no hace falta ni que me ayudéis —les dije, levantándome del suelo—. Les pedís que os pasen este vídeo, lo subo al canal, y ya verás. Seguro que crecen seguidores como setas.

—¡Celia, no te enfades! —me gritó Marta.

—¡Es que ha sido muy gracioso! —oí que decía Julia mientras yo salía de la cafetería cabreadísima.

Estaba deseando que las dos horas que faltaban para que se terminara el instituto pasaran cuanto antes.

CAPÍTULO 5



Cuando terminó el día, estaba molida. No era cansancio físico (como después de las clases de Educación Física con la loca del *fitness* de nuestra profe, que nos da unas palizas que no son ni medio normales). No, lo que yo tenía aquel día era agotamiento mental. Y lo peor era que la mayor parte de los palos me los había dado yo solita de tanto darle vueltas a todo: el mal día en el instituto; el bajón que me había entrado de repente con mi canal; las pintas que llevaba, toda pringada de Coca-Cola; el cabreo que tenía con César...

En realidad eso era lo que más me pesaba de todo.

Haberme enfadado con César.

—Eva. ¿Eva? —le escuché llamarme después de la última clase. Yo ya había salido del aula, y él iba corriendo detrás de mí por el pasillo—. ¡EVA! —me gritó al final, viendo que le ignoraba.

—¿Qué quieres? —me di la vuelta para preguntarle, borde a más no poder.

—Que si quieres que te lleve a casa en moto. Pero si me vas a morder, mejor paso —respondió él, molesto.

—Mejor pasa, sí —dije yo, y seguí andando por el pasillo hacia la puerta.

—No sé por qué te pones así conmigo. Yo no te he hecho nada —protestó él.

No contesté ni me giré hacia él, pero no había llegado a la mitad del pasillo y ya me había arrepentido de haberle contestado mal. Al final me pudo el

orgullo, y seguí andando para salir del instituto. Ni siquiera esperé a Lara e Iván: fui derecha a la parada del autobús.

Menudo genio gastas, Eva, me iba diciendo yo sola. ¿Por qué eres tan borde con él? ¿Qué te pasa?

La verdad es que no lo entendía, porque tampoco me había hecho nada gravísimo: un comentario un poco fuera de lugar después del lío del laboratorio (que lo había montado yo solita por tener la cabeza en las nubes), y el accidente del pasillo (que tampoco había sido culpa suya). Bueno, y el abracito de por la mañana. Pero, en realidad, ahí el pobre lo único que había hecho era evitar que me diera un buen trompazo e hiciera más el ridículo.

Darme cuenta de lo tonta que era por tomarla sin motivo con mi mejor amigo me enfadó más todavía. ¡Y, encima, ahora me iba a tocar volver a casa en autobús, por cabezota!

Di un pisotón en el suelo con tanta fuerza que casi me hice daño en los pies. *Venga, Eva, relájate un poco, me dije. Cuando llegues a casa llamas a César y le pides perdón. Pero, antes, tienes que calmarte.*

¿Y cuál es mi receta mágica para calmarme?

Escuchar música, por supuesto. Así que saqué el móvil de la mochila, enchufé los auriculares y busqué *Riptide*, de Vance Joy, en el reproductor. Ese tema nunca fallaba.

Y aquel día tampoco lo hizo.

Encontré la canción justo cuando llegué a la parada del autobús. No estaba sola, había una chica esperando.



También tenía los auriculares puestos y tarareaba. Me dio un poco de corte que me escuchara cantar, o que se fijara en que llevaba la ropa toda pringada, pero decidí pasar de ella. Ya me había preocupado suficiente por lo que pensaban o dejaban de pensar de mí los demás, así que me senté en el banco, con las rodillas contra el pecho. Le di al play, cerré los ojos y esperé a que sonara el estribillo. *Lady, running down to the riptide, taken away to the dark side*, canté a pleno pulmón. Así llevaba yo sintiéndome todo el día, atrapada por el lado oscuro, corriendo a contracorriente, como la chica de la canción.

Pero, nota a nota, la oscuridad empezó a iluminarse, y yo a sentirme muchísimo mejor.



Me dolían un montón el culo y la espalda por la caída en la cafetería. Lo único que quería era llegar a casa, tomarme un ibuprofeno y meterme en la cama. Pero, por supuesto, en aquel día en el que todo me salía al revés, algo tan sencillo tenía que complicarse.

—¿En serio? ¡Tienes que estar de coña! —se me escapó en voz alta al leer el mensaje de Ruth.

—¿Estás bien, Celia? —me preguntó Jaime, que justo pasaba a mi lado por el pasillo.

—Eh..., sí, no pasa nada —le dije—. Es mi hermana, que tenía que haberme pasado a buscar en coche, pero tiene reunión del claustro en su cole y no puede.

—Vaya..., ¿y vives muy lejos?

—Pues un poco, la verdad —reconocí—. Con lo que me duele la espalda, encima...

Jaime se quedó un momento callado. Pensé que debía de estar acordándose del trompazo que me había dado en la cafetería, y me sonrojé. Qué incómodo.

—¿Quieres que te acompañe? —me preguntó entonces.

Y ahí pasé del rosita claro al rojo tomate. ¿A que al final Julia y Marta iban

a tener razón con lo de Cejota? ¡Esto sí que era incómodo!

—¡No, no! —le dije, agobiadísima—. Bueno, es que vivo tan lejos que voy a tener que coger el bus, y te vas a desviar muchísimo. Pero si te apetece acompañarme a la parada... —le ofrecí.

Jaime sonrió de oreja a oreja y me dijo que sí.

—Espera un momento, que saco la mochila de la taquilla y voy contigo, ¿vale?

—Va-vale —respondí yo.

¿Por qué le había dicho que sí? No quería que se hiciera ilusiones: a mí Jaime no me gustaba... Pero ¿de verdad no me gustaba, o es que no quería darles la razón Julia y Marta? ¿O habían sido ellas las que me habían metido la idea de que yo le gustaba a él (o de que él me gustaba a mí) en la cabeza? Ahora me sentía confundida.

No me dio tiempo a aclararme en el poco tiempo que tardó Jaime en recoger su mochila, así que salimos juntos del instituto. Julia y Marta me estaban esperando en la puerta, pero cuando vieron que iba con él abrieron mucho los ojos... y se quedaron calladitas. Ya me había molestado bastante la sesión de loles en la cafetería, y sabían que más les valía cortarse si no querían que me cabreara de verdad.

—¿Es por aquí? —me dijo Jaime, apuntando en una dirección.

—No, es hacia el otro lado... El bus que pasa delante de mi casa para justo delante del insti de la otra manzana —le expliqué mientras caminaba. Y entonces noté un latigazo en la espalda—. ¡Ay!

Cuando vio que me doblaba de dolor, intentó ayudarme. Los dos nos pusimos un poco tensos cuando nos tocamos. ¡Lo que me faltaba!

—No te preocupes, es solo que me duele un poco del golpe de la cafetería —le dije, disimulando.

—Es que menudo día de aventuras has tenido, Celia —me dijo con una sonrisa—. Primero lucha cuerpo a cuerpo con un tigre, luego pelea a muerte con una silla salvaje...

—Ja, ja, ¡ay! —me quejé—. ¡No me hagas reír, que me duele más todavía!

Pero no me hizo ni caso, y estuvo haciéndome bromas hasta la parada del autobús. La verdad es que se me pasó bastante el dolor... y hasta la sensación de haber tenido un día de esos que dan ganas de olvidar.

—Bueno, pues creo que ya estamos —me dijo cuando me dejó sentada en el banco—. Espero que llegues bien a casa.

—¿Quieres que te mande un mensaje para que te quedes tranquilo, papi? — bromeé yo.

—Para eso primero tendría que darte mi móvil... —respondió él, divertido.

Yo le tendí mi teléfono para que lo apuntara en la agenda de contactos. Esta vez no me puse roja.

Jaime se despidió con un «a ver si no tienes ninguna aventura más de camino a casa, chica intrépida».

Yo me quedé sentada en el banco con una sonrisa boba en los labios, mirando el número de Jaime y escuchando música del móvil. A mi lado, apareció otra chica. Parecía agobiada, pero, cuando se sentó en el banco, se tranquilizó. Sacó el móvil, se puso los cascos y empezó a cantar *Riptide*. Tenía una voz preciosa y lo hacía genial. Y, casualmente, estaba escuchando justo la misma canción que yo.

Cuando mi compañera de asiento llegó al estribillo y cantó *I wanna be your left hand man*, cerré los ojos. Me acordé de cómo Jaime había sido mi mano izquierda, de cómo me había alegrado el final de un chasco de día. Y me dejé llevar por la música, y canté con aquella desconocida hasta que nuestras dos voces se fundieron en una.

CAPÍTULO 6



En la parada del bus pasó algo muy guay. Cuando me escuchó cantar, la chica que tenía al lado no me miró como si fuera un bicho raro, ni se echó a reír. Lo que hizo fue acompañarme. Como tenía los ojos cerrados, al principio pensé que me lo estaba imaginando. Pero cuando los abrí y vi que ahora la que los tenía cerrados era ella, y que movía la cabeza al ritmo de la música... No sé, fue muy especial. No nos conocíamos de nada, pero estábamos compartiendo un momento mágico. Cuando se acabó la canción, tuve ganas de pedirle su Instagram, o algo, para poder contactar con ella. Pero su bus llegó antes de que yo me decidiera a hacer nada. ¡Qué rabia no haber podido hablar un poco más con esa chica misteriosa!

Cuando llegué a casa intenté llamar a César, pero él pasó de contestar. Lo sé porque vi que estaba en línea en WhatsApp. Me sentó un poco mal, pero César no se enfada nunca, y conmigo menos, así que si no me estaba cogiendo el móvil era porque tenía un buen cabreo. Apagué mi móvil y decidí pasarme la tarde desconectada. Primero, para no ponerme pesada con llamadas o mensajes. Si estaba enfadado y necesitaba tiempo, tenía que dárselo. Y, segundo, para disfrutar de la sensación tan guay que me había dejado el dúo de voces con la chica del bus.

Me pasé la tarde pasando apuntes a limpio y jugando con Puc y Coco, mi coneja. Tenía pensado grabar un vídeo y subirlo por la noche, pero pasé. ¿Para

qué? ¿Para levantarme por la mañana y ver que no lo había visto nadie? Mejor quedarme con el buen sabor de boca de lo que había ocurrido en la parada del bus. Me metí en la cama pronto y dormí como un tronco. Aunque el día había sido un bajón total, la música lo había arreglado todo.

A la mañana siguiente, me desperté —¡milagro!— antes de que sonara el despertador. No me acordaba bien de qué había soñado, pero me sonaba que en mi sueño salía la chica del bus. Y César.

¡César!

¿Se le habría pasado ya el cabreo?

Cogí el móvil de la mesilla de noche y lo encendí corriendo. Llevaba apagado por lo menos doce horas. Nunca pasaba tanto tiempo desconectada. ¿Y si me había escrito? ¿Y si se pensaba que ahora la que estaba enfadada otra vez era yo?

De repente me pareció malísima idea mi plan de desconectarme de Internet.

Cuando la pantalla se iluminó, después de un siglo cargándose, vi que tenía... ¡tres mil notificaciones nuevas! Mi móvil casi explota. Y yo también.

—Pero ¿esto qué es? —pregunté en voz alta.

No entendía nada.

Lo primero que hice fue abrir WhatsApp. En el grupo de mi *crew* tenía mensajes de Lara e Iván. Y también de César.



Lara: Eva, ¿desde cuándo te dedicas a la *performance* callejera?

17:15

Iván: ¿Ein?

17:16

Lara: <https://www.youtube.com/watch?v=CxRa9hfA3FU>

17:17

Iván: Pero ¿y esa quién es? ¿Te has echado novia y no nos has dicho nada? ;-)

17:18

Lara: Eeeeva, tía, ¿dónde te has metido? ¿Por qué no contestas?

19:20

Iván: Toda la vida queriendo ser *trending topic* y, cuando por fin lo

consigues, desapareces. Eres la leche.
20:32

César: Amí tampoco me contesta, llevo toda la tarde intentando llamarla.
22:40

En cuanto me recuperé del cortocircuito mental, decidí dejar el asunto de César para más tarde. Ahora lo más importante era descubrir en qué lío me había metido. Porque, claramente, aquello solo podía ser un lío.

Pinché en el link que había mandado Lara y... ¡flipé! Alguien nos había grabado a la chica del bus y a mí en la parada, cantando *Riptide* a dos voces. Habían editado el vídeo, lo habían subido a YouTube. Alguien me había reconocido y me había etiquetado en los comentarios. Y, de repente, en menos de una noche había pasado de tener cien seguidores a... tres mil.

No me lo podía creer.

Era como si hubiera pedido un deseo y se hubiera hecho realidad.

Estaba pasando de verdad: la gente estaba empezando a conocerme, a valorar lo que hacía.

Y todo gracias la chica misteriosa de la parada. Miré si a ella también la habían etiquetado en comentarios, y vi que sí.

La chica del bus también tenía canal de YouTube.

Celia Dail.

No sabía cómo, pero tenía que encontrarla.



Lo primero que hago todos los días nada más levantarme es encender el móvil y mirar mis redes sociales. Siempre, no falla un solo día.

Menos ese.

No había tenido tiempo: me había quedado dormidísima.

—¡Celia! Pero ¿qué haces todavía en la cama? —me preguntó Ruth, a gritos, al ver que todavía no me había levantado.

—¿Qué? —pregunté, confundida. Pero en cuanto vi los números del despertador parpadeando en rojo, me di cuenta de lo que había pasado—. ¡Ay, madre, que no ha sonado!

—Venga, dúchate corriendo, ¡que no llegamos! —me dijo ella, eligiéndome la ropa que me iba a poner del armario.

En el coche, mientras mi hermana se saltaba todos los semáforos, yo aproveché para maquillarme en el retrovisor. Aún no había mirado mis mensajes.

—Eres toda una profesional —me dijo mi hermana cuando derrapó delante de la puerta del insti—. Iba a toda leche, pero te ha salido la raya perfecta.

—Ja, ja. Lo siento, Ruth, no sé qué me ha pasado, ya sabes que yo soy un reloj.

—No te preocupes, enana —me dijo ella, con una sonrisa—. Que tengas mejor día que ayer. ¡Y disfruta de la fama!

¿«Disfruta de la fama»? ¿Por qué me había dicho eso?

Antes de que pudiera preguntárselo, mi hermana ya había arrancado el coche y conducía hacia su colegio como una piloto de Fórmula 1.

En la puerta me estaban esperando Julia y Marta... con una pancarta que ponía «Club de fans de Celia Dail, la Chica del Bus».

—¿Hola? —les pregunté, mosqueada—. ¿Se puede saber a qué viene esto?

—Venga, tía, que con nosotras no tienes que disimular —se rio Julia.

—¿Disimular el qué? —pregunté yo, que estaba empezando a mosquearme.

—¿En serio no sabes de qué te estamos hablando? —preguntó Marta al ver mi cara de confusión.

—Ni idea.

—Pero ¿no has mirado el móvil hoy? —insistió Julia.

—Que no, que no he mirado nada. Me he levantado tardísimo y he tenido que salir de casa pitando. No sé ni qué ropa llevo puesta —dije, mirando de repente el conjunto que me había elegido mi hermana.

—Menos mal que Ruth tiene buen gusto, porque no te convendría venir hecha un cuadro justo el día en que te haces famosa —rio Marta.

—¿Famosa?

Era la segunda vez que me decían eso aquella mañana.

—¡Corre, enséñaselo! ¡Esta pava no tiene ni idea de qué va la historia! —dijo Julia, emocionada.

Marta sacó el móvil y abrió YouTube. Y ahí estaba yo, en un vídeo con una edición chulísima, cantando *Riptide* a dos voces con la chica de la parada del autobús. Alguien nos había grabado y había subido el vídeo. Un seguidor de mi canal me había reconocido y me había etiquetado en los comentarios.

—¡Ya tienes casi cuatro mil seguidores! —exclamó Julia, emocionada—. ¡Y subiendo!

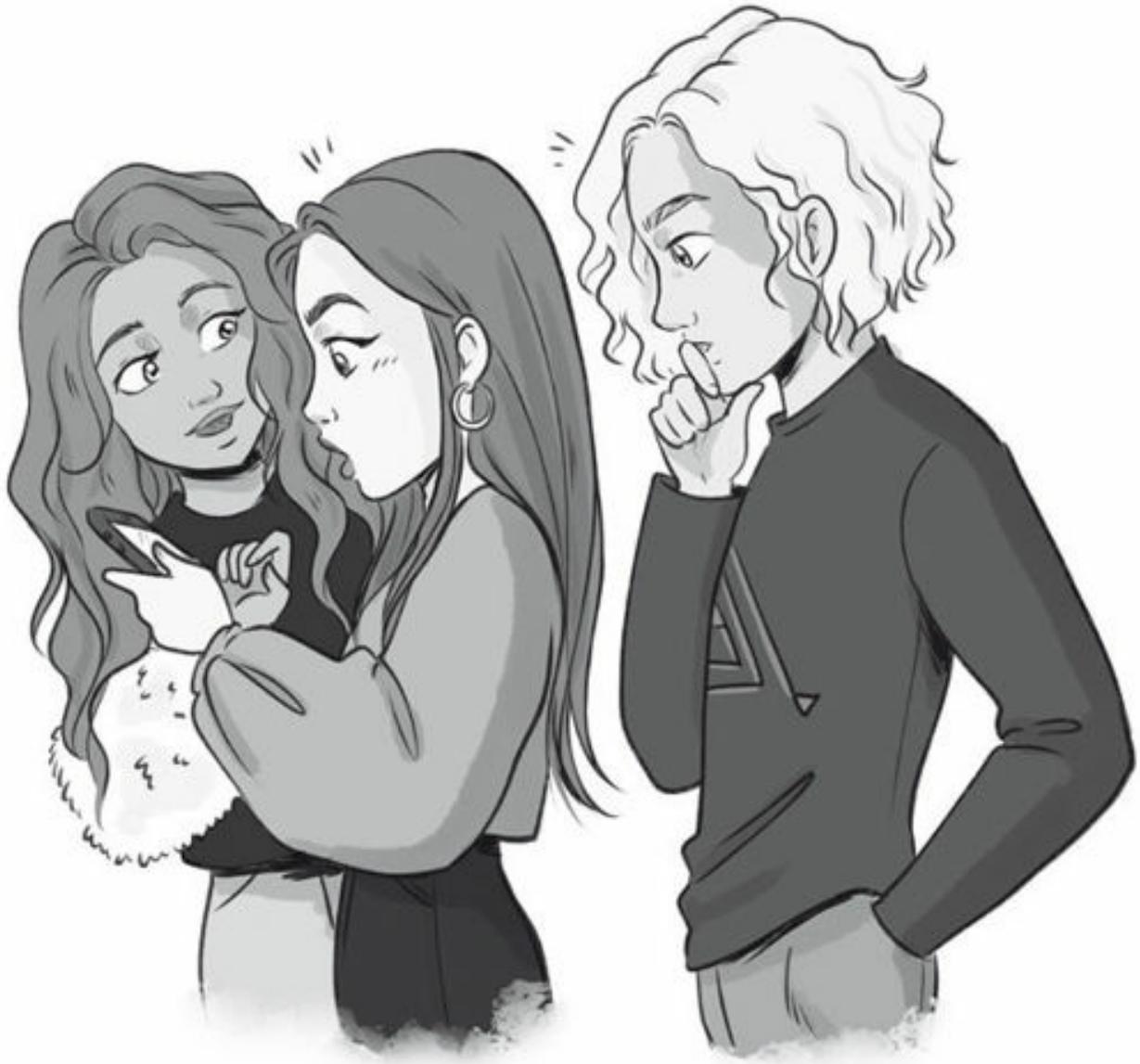
—No te creas que está contenta por ti —rio Marta—. Está contenta porque ya no nos vamos a tener que grabar haciendo el ridículo para que te suban los *likes*.

El comentario había sido gracioso, pero yo no pude reírme. Estaba flipándolo muchísimo. Miraba el móvil embobada, como si fuera de mentira. Estuve a punto de tocarme el arañazo del gato para ver si me dolía y comprobar que de verdad no estaba durmiendo.

—Te dejo un rato sola y das el salto a la fama —dijo una voz de chico detrás de mí, mientras una silueta alta aparecía junto a mi hombro.

Era Jaime.

—¿Nos grabaste tú? —me di la vuelta para preguntar.



—¿Yo? ¡Qué va! —reconoció él—. Ojalá hubiera podido ver la actuación en directo. Me habría encantado.

Yo me puse como un tomate, y le devolví el móvil a Marta.

Y luego ya no supe qué más hacer.

—Celia, tía, reacciona —me dijo Julia—. Tenemos que entrar, que todavía

llegamos tarde, y todo.

—Eso, que además hoy te va a tocar atender a tus fans —dijo Marta con una sonrisa, señalando el pasillo lleno de gente que me miraba con admiración.

Aquello era un sueño, lo que siempre había querido.

Pero aquel cambio tan rápido, de repente, me agobió un poco.

Y, en vez de emoción, lo que sentí al entrar en el instituto y notar que todo el mundo me miraba fue un escalofrío.

CAPÍTULO 7



—¿Sigues sin saber nada de ella? —me preguntó Iván, montando el trípode en una esquina de mi cuarto.

—Nada de nada —respondí yo, terminando de colocar las luces.

—¿Y qué le ha pasado, se la ha tragado la tierra? —me preguntó Lara, agachada al lado de la cama. Es un poco friki de la limpieza y, como según ella tenía el cuarto hecho un desastre, me estaba ayudando a ordenarlo.

—Pues por lo visto, sí —dije yo—. He empezado a seguirla en Twitter y le he mandado un mensaje privado, pero... nada, ni me contesta, ni actualiza, ni sube vídeos nuevos, ni nada de nada de nada.

—Igual le ha pasado algo... —dijo Iván cuando terminó de enroscar el objetivo a la cámara.

—No digas eso... —Lara le dio un golpe cariñoso en la visera de la gorra, y luego un abrazo para que no se lo tomara a mal.

—Pues no os creáis que no lo he pensado... —reconocí yo—. ¿Quién desaparece así de las redes sociales justo cuando la gente empieza a seguirla?

Lara e Iván se encogieron de hombros. Ellos tampoco lo entendían.

Llevábamos toda la semana teniendo la misma conversación. ¿Cómo era posible que no pudiera contactar con la chica del bus? Sabíamos que se llamaba Celia, que tenía una voz increíble, que nos gustaba la misma música. Pero ya está, nada más. Desde que habían subido el vídeo, había hecho *puf*,

como un fantasma. Menos mal que en esa parada de autobús parecía una persona de verdad, porque si no... ¡habría pensado que se me había ido la pinza y me lo había imaginado todo!

—Igual es precisamente por eso —dijo Lara, sentándose en mi cama con las piernas cruzadas. Iván se echó a su lado y le apoyó la cabeza en los muslos. Puc, que justo entraba en el cuarto meneando la cola, se subió a la cama de un salto y se echó en la tripa de Iván.

—No te entiendo —le dije yo a Lara, colocándome delante de la cámara para hacer una prueba de luz y sonido.

—A ti te parece normal pasar de cien a cien mil seguidores en una semana porque estás fatal —dijo Lara—, pero es un poco una locura.

—Pues lo que yo decía —insistió Iván—. Se ha vuelto famosa de la noche a la mañana y le ha dado un parraque. ¡Puc, no me pringues! —le dijo a mi perro, que le estaba babeando la barbilla.

—¡Iván! —volvió a reñirle Lara, tapándole la cara con la visera de la gorra. Puc ladró, como si él también le estuviera regañando. Iván intentó darle un beso a su novia, pero ella se apartó, asqueada—. Vas listo si piensas que te voy a besar con la cara llena de babas de perro.

Ellos siguieron a lo suyo, pero yo no podía dejar de pensar en lo que acababan de decir. La verdad es que llevaban razón. El vídeo había pasado de popular a viral en cuestión de horas. Viral en plan salir en la tele y en artículos de esos que tienen millones de visitas. «No creerás lo que hicieron estas dos desconocidas en una parada de autobús. El minuto 1:23 te sorprenderá». La verdad es que había sido flipante que, sin conocernos de nada, nos hubiéramos sincronizado tan guay. Parecía ensayado. De hecho, los seguidores ya estaban empezando a preguntar si era un *fake*. Y yo quería demostrar que no lo habíamos hecho por el *partner*, que aquel momento mágico había pasado de verdad.

Pero, para eso, primero tenía que encontrar a la chica fantasma.

Mientras, estaba intentando aprovechar el tirón para subir un vídeo al día. Y cada contenido que subía tenía más visualizaciones que el anterior. Aquella tarde tenía planeado subir una *cover* de *New Rules* de Dua Lipa, y César había prometido acompañarme con la guitarra.

Pero ese era otro que llevaba una semana en plan fantasma.

—Oye, ¿y César se puede saber a qué espera? —pregunté, tocándome el reloj—. He anunciado en el canal que subía el vídeo a las ocho. Son las cinco

y media y César todavía no ha llegado. No nos va a dar tiempo a grabar y editar. ¿Sigue picado conmigo?

—Después de los dos millones de veces que le has pedido perdón, no debería —dijo Lara.

Iván hizo un gesto. A él dos millones de veces le parecían pocas después de lo mucho que me había pasado con él, pero disimuló para que Lara no volviera a echarle la bronca.

Y, justo en ese momento, sonó el timbre.

—¡Menos mal! —dije, corriendo hacia la puerta.

Y, al abrirla, me encontré allí a César, con la guitarra a la espalda y rojo como si acabara de subir las escaleras de tres en tres.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—La... parada del bus... —me dijo, jadeando.

—¿Qué pasa en la parada del bus?

—La chica del bus, la parada... —siguió diciendo.

—¡César! —le dije, haciéndole entrar en casa y sentándole en un sofá—.

¿Me quieres explicar qué te pasa?

—La chica del vídeo, la del bus... Un chico que ensaya conmigo la conoce.

—¿Qué? ¿Y te ha dicho cómo encontrarla?

—No me ha querido dar su móvil, pero...

—Pero ¿¿qué?!

—Pero ha dicho que coge el bus de las seis en esta parada todos los jueves —me dijo, enseñándome una ubicación en el móvil.

—¿El de las seis? Hoy es jueves, ¿verdad? —pregunté, mirando el reloj. César asintió—. ¡Rápido, mándamela! —En cuanto me vibró el móvil, le dije —: Lara e Iván están en mi cuarto. Ve y diles que vuelvo en un rato.



Y eché a correr por las escaleras

—Pero ¿y el vídeo? —me preguntó César.

—Si esto nos sale bien, ¡el vídeo de hoy va a ser un bombazo!



Debería haber sido la mejor semana de mi vida, pero... Qué va. Había sido el agobio máximo. Lo que había pasado me había pillado desprevenida. Yo quería que mi canal ganara seguidores rápidamente, sí..., pero igual no tanto. Todo había sido muy loco: de un día para otro, gente que no me había saludado en la vida me paraba por los pasillos del instituto para preguntarme si lo de las Chicas del Bus estaba preparado; mi clase entera se suscribió a mi canal de YouTube; todo el mundo me seguía en Instagram, subía capturas del vídeo y me etiquetaba en sus *stories*... ¡Si hasta el profe de Análisis Musical me pidió que hiciera una *cover* en directo delante de toda la clase!

Y eso, en realidad, solo era la parte buena.

Porque después de los comentarios de «¡Qué guay, me encanta lo que haces!» y «¡Tienes una voz preciosa!», venían los *haters*. Los virtuales y los reales. Los que pintaban en el baño «Celia Dail es un *fail*», y me llamaban creída y me criticaban en todas mis redes sociales. Ahora entendía a Julia cuando me decía que ella pasaba mil de exponerse tanto.

El precio por tener *followers*, había dicho yo que era.

Y ahora, de repente, me parecía demasiado alto. Así que había desaparecido de todas mis cuentas.

—Me estoy tomando un descanso —le dije a Jaime cuando, después del fin de semana, me preguntó en la cafetería por qué no había subido nada nuevo desde el vídeo de las Chicas del Bus.

—Pero ¿justo ahora? —insistió él—. El vídeo con esa chica ha llegado a mogollón de gente. Has subido a 20 K en casi todas tus redes, pero..., si quieres mantenerlos, tienes que generar contenido.

—¿Qué pasa, que ahora eres *community manager*? —le dije, un poco picada.

—Bueno, yo no... —Se quedó cortado—. Yo no quería meterte más presión, ni nada, solo darte mi opinión. Me gusta muchísimo lo que haces y creo que podrías llegar lejos.

—¿También tienes una discográfica? —le chinché, sobre todo para disimular que su comentario había hecho que me pusiera roja.

—Ja, ja, ya me gustaría... —respondió él—. Así podría producirme mis propios temas.

—¿Tú también cantas? —le pregunté.

—Y toco el bajo —añadió—. A veces ensayo con un grupo de amigos del cole al que iba antes de pasar al instituto. Solo por pasar el rato...

—¿Y tenéis canal, o algo? —le pregunté.

—No... —reconoció él.

—O sea, que a ti también te impresionan un poco las críticas...

Jaime tragó saliva. Menudo zasca. Le había pillado dándome una leccioncita que él no se tenía aprendida.

—Precisamente porque yo no me atrevo, y tú sí, te animo a que sigas con el canal, Celia —me dijo, serio—. Esto que te ha pasado es una pedazo de oportunidad. Dentro de una semana se te pasará la vergüenza y querrás retomarlos, pero la gente ya se habrá olvidado de ti. Las cosas en Internet son así: hoy estás en boca de todo el mundo, y mañana ya no se acuerda nadie. Pasa de lo que diga la gente y aprovéchalo, ahora que puedes.

Aunque sabía que me lo decía con buena intención, su comentario me cayó fatal. No sé si porque no me gusta que me digan lo que tengo que hacer, o justo porque me estaba dando donde más me dolía (reconocer que en realidad no era tan echada para adelante como yo creía). Pero al final decidí pasar de él y hacer lo que me pedía el cuerpo. Que era darme un descanso y asimilar poco a poco lo que había pasado. Tampoco iba a ocurrir nada por estar desconectada un par de días, ¿no?

Pero el caso es que no habían transcurrido un par de días, sino siete, desde el vídeo de la parada.

Se me habían pasado el agobio y la vergüenza, y ya me resbalaban completamente los *haters*. Volvía a tener ganas de hacer *covers* y vídeos nuevos para mi canal. Solo que los seguidores, de repente, se habían estancado y ya no subían más. Y, por mucho que me repateara, Jaime llevaba razón en todo lo que me había dicho.

Ahora lo que me daba cosa era intentar recuperar el tirón y darme cuenta de que había dejado pasar la oportunidad como una tonta. Igual si conseguía contactar con la chica del bus... Pero no quería que pensara que era una aprovechada...



Llevaba todo el día dándole vueltas en el instituto; y en clase de Inglés, que me encanta y me concentro un montón, también. Ahora estaba en la parada del bus, mirando la pantalla del móvil, sin atreverme a reinstalar todas las aplicaciones que había borrado cuando, de repente, alguien me tocó en la espalda.

—¿Celia? —me preguntó.

Pensé que era alguien que me había reconocido por el vídeo de *Riptide*.

Tardé diez segundos en darme cuenta de que no.

¡Era la chica del bus!

Que llegaba justo a tiempo para ayudarme a cumplir mi sueño.

CAPÍTULO 8



Cuando vi a Celia en la parada tuve ganas de darle un abrazo. Pero me corté, porque no quería que pensara que estaba como una cabra nada más conocerme.

—Tú eres... —me empezó a decir.

—Sí —sonreí al ver que me reconocía—. Me llamo Eva. Soy la otra mitad de las Chicas del Bus.

Celia se echó a reír... y yo no pude evitar acompañarla.

—¿Pasabas por aquí por casualidad? —me preguntó entonces.

—Qué va —respondí yo—. He intentado contactar contigo por redes, pero llevas una semana desaparecida. Deberías plantearte hacerte espía profesional, o algo, porque se te da de lujo esconderte.

—Claramente no, porque aquí estás —me dijo ella entre risas.

—No te creas que ha sido fácil, que al final ha sido el amigo de un amigo el que me dicho que todos los jueves coges el bus aquí a esta hora —le dije—. Te juro que no es coña.

—Prueba definitiva de que no soy espía. Los espías nunca cogen un bus en el mismo sitio a la misma hora todos los jueves. A no ser que quieran que los secuestren, o algo así.

Nos echamos a reír otra vez.

—Vaya, pues yo justo venía a secuestrarte.

—¿En serio?

—Un poco, sí —le dije—. Fuera de coñas, si quieres me puedes decir que no, pero en realidad yo quería proponerte una cosa.

—¿El qué?

—Quería que hiciéramos un vídeo juntas —le digo—. Tengo un canal de YouTube parecido al tuyo...

—Bueno, ahora el tuyo seguro que es mucho más grande —murmuró Celia.

—Si quieres que el tuyo crezca, lo podemos solucionar rápido —le ofrecí—. Mis seguidores están como locos porque volvamos a hacer algo juntas. He subido varios vídeos estos días, pero ninguno ha tenido tanto éxito como ese. Y eso que estaban mucho mejor montados y editados...

Celia se quedó quieta un momento. Cerró los ojos, respiró hondo.

Fijo que me iba a decir que no.

Pero me dijo que sí.

—Vale.

—¿Estás segura? —le pregunté yo—. Si no quieres, de verdad que no pasa nada.

—Sí que quiero —respondió, segura—. La verdad es que me arrepiento de haber desaparecido una semana entera. De hecho, cuando has llegado, estaba justo pensando en cómo hacer para contactarte... Pero no quería que pensaras que soy una cazapartner...

—Anda que... Estamos buenas. La acosadora y la aprovechada. Stalker y Cazapartner. ¿Te mola como nombre de canal? —reí yo.

Empezamos a caminar hacia mi casa. Por el camino, aprovechamos para conocernos un poco mejor. Nuestras vidas eran muy parecidas. Las dos estudiábamos segundo de Bachillerato artístico, en institutos que estaban a una manzana de distancia. A las dos nos encantaban los animales. Celia me enseñó fotos de su gata, Piti. Yo le enseñé un par de vídeos de Puc dándole lametazos cariñosos a Coco, mi coneja. Ella me habló de su *squad*, Julia y Marta, y yo de mi *crew*, Lara, Iván y César. Me habló de Jaime, un chico de su clase que no sabía si tenía un *crush* con ella. O ella con él.

La situación podría haber sido incómoda porque, al fin y al cabo, yo llevaba una semana persiguiéndola y acababa de invitarla a mi casa, así, de la nada. Podía haberle resultado un poco *creepy*, pero... para nada. Hicimos clic al instante. La conexión fue la misma que cuando nos pusimos a cantar juntas en la parada.

Cuando llegamos a mi casa no había pasado ni media hora, y yo me sentía

tan cómoda con ella como si fuéramos amigas de toda la vida.

—¡Ostras, no estaba muerta! —dijo Iván, levantándose de la cama.

—¡Iván! —le tapó la boca Lara, que estaba detrás de él.

—Hay que darle las gracias a César, que ha sido el que me ha dado el chivatazo —dije, buscándole por la habitación—. Que, por cierto, ¿dónde se ha metido?

—Se ha pirado, ha dicho que tenía prisa —dijo Iván, acercándose para tocarle el pelo a Celia y comprobar que de verdad no era un fantasma.

—¡Pero si no he tardado nada! ¿Y ahora quién nos va a acompañar con la guitarra? —protesté.

—Si a tu amigo no le importa prestármela, yo sé tocar un poco —se ofreció Celia, abriendo la funda que había apoyada contra mi armario.



Se me pasó el cabreo con César en cuanto vi que se había dejado la guitarra olvidada.

—¿Y qué vais a cantar? —preguntó Lara, que estaba casi más emocionada que nosotras por vernos actuar en directo.

Celia y yo nos miramos. Asentimos. Y, entonces, dijimos a la vez:

—*Riptide*.



Grabar el vídeo con Eva fue... Uf. Flipante. Grabamos *Riptide*, y luego una cover de *Shape of You*, de Ed Sheeran, y otra de *Work the Middle*, de Alex Aiono. Se nos pasaron las horas volando. Tanto que Eva casi se olvida de que había prometido subir nuevo vídeo a las ocho.

—¡Ostras! ¡Pero si ya son casi las siete y media! —gritó—. ¿Qué hago, lo subo sin editar?

—Pues... yo creo que ha quedado guay —dije—. Además, así es más auténtico, ¿no? Como el día que la cantamos por primera vez.

—¿Dónde lo subo? —dudó de repente—. ¿A mi canal? ¿Al tuyo?

—¿Y si creáis uno nuevo? —sugirió Lara.

—Eso puede ser guay —se alegró Eva.

—Pero ¿cómo lo llamamos? —dije yo.

—A ver, en Internet tú eres Celia Dail, y Eva es Evi Puc —dijo Iván. El perro de Eva, que llevaba toda la tarde dándole lametones en la cara, ladró, contento—. Os podéis llamar Celevis... Evicel... o...

—Sí, y en vez de un canal de YouTube, pueden registrar el nombre de una marca de compresas, no te joroba —se rio Lara.

Las tres nos echamos a reír.

—¿Lo de Cévar te lo inventaste tú, verdad? —le dije a Iván—. Se te da fatal *shipear*.

—¡Encima que os ofrezco sugerencias! —Se cruzó de brazos, enfadado—. A ver, ¿qué se os ha ocurrido a vosotras?

—Las Chicas de Bus —dijimos las dos a la vez.



Tenía gancho, era por lo que nos conocía la gente y sonaba bien, así que nos pusimos manos a la obra. Eva le pidió prestado el portátil a su madre y, mientras ella editaba rápidamente el vídeo para cortar las tomas falsas, los ladridos de Puc y las risas de Iván y Lara, yo registré un canal con el nombre del grupo, lo vinculé a los nuestros y creé una cuenta conjunta de Instagram y Twitter.

A las ocho menos cinco, lo teníamos todo listo.

—Venga, vamos a darle juntas a *Enter* para inaugurarlo —dijo Eva, cogiéndome de la mano.

Y, con un poco de vértigo, las dos pulsamos el botón.

Mientras el vídeo se subía, Iván y Lara dijeron que tenían que irse, y Eva y yo nos quedamos solas en su habitación. Yo estaba un poco nerviosa: no sabía

cómo iban a reaccionar nuestros seguidores a lo que habíamos hecho. Y me daba miedo agobiarme como la semana anterior, y que de repente me diera el *flus* de volver a cerrarlo todo. Eva se dio cuenta e intentó distraerme hablándome de pelis y series que le gustaban, enseñándome las últimas cosas que se había comprado... Me di cuenta de que me sentía supercómoda con ella: teníamos el mismo humor y compartíamos un montón de gustos. Pasó casi una hora más hasta que volví a mirar el móvil.

Y ni siquiera fue porque quisiera ver las notificaciones nuevas, sino porque me estaba llamando mi hermana.

—Enana, ¿se puede saber dónde te has metido? —me preguntó—. Es casi hora de cenar, pensábamos que venías directa a casa desde la academia.

—¡Ostras, es verdad! —dije—. Es que... me he liado, perdón. No, no hace falta que me vengas a buscar, cojo el autobús. En media hora estoy en casa, te lo prometo.

—¿Estás segura de que quieres volver en bus? Puedo pedirle a mi madre o a mi padre que te acerquen... —se ofreció Eva.

—No te preocupes, de verdad, no quiero molestarles.

—No nos molestas. Es que me apetece pasar un rato más contigo... Se me ha pasado la tarde rapidísimo, la verdad.

—A mí también —le dije con una sonrisa—. De hecho, estaba pensando que deberíamos repetir.

—¿Quieres que grabemos otro vídeo? —me preguntó Eva.

—La verdad es que estaba pensando en algo más de tranquis... —le dije—. Comer juntas después del insti, y luego ir al centro de compras. Tarde de chicas.

Eva me miró con los ojos entrecerrados.

—Mmm... ¿Estás segura de que quieres quedar con una acosadora en potencia? —me preguntó con media sonrisa.

—Me has pillado —dije, levantando las manos—. En realidad lo que quiero es aprovecharme de tu influencia, ahora que todavía tienes más seguidores que yo.

Eva se echó a reír.

—¿El viernes después de clase tienes algo que hacer, entonces, Cazapartner? —me preguntó, divertida.

—Quedar con mi Stalker favorita —respondí yo, apuntándomelo en el móvil.

Salí de casa de Eva con la sensación de que aquella tarde había hecho mucho más que revivir mis cuentas en redes sociales. Mucho más que dar un paso para que el sueño de hacer llegar mi música a miles de personas se hiciera realidad.

Aquella tarde había hecho una amiga.

De esas que no se hacen todos los días.

CAPÍTULO 9



Cuando llegué del instituto y abrí el paquete que había traído el mensajero, casi me caigo de la impresión.

Era el Botón de Plata de YouTube.

Aquello era mucho más flipante de lo que nunca había soñado.

Saqué el premio enmarcado (el logo de YouTube en plata de verdad), y me quedé mirándolo como si fuera a desaparecer. No me lo podía creer. Luego lo apoyé con cuidado encima de la cama, saqué el móvil de la mochila, ignoré las mil notificaciones nuevas que tenía, y llamé a Celia por FaceTime.

—¿¿¿A ti también te ha llegado??? —me preguntó nada más descolgar.

—¡Sííí! —Activé la cámara trasera para enseñárselo. Y entonces vi a Puc olisqueando una esquina y abriendo el hocico para hincarle el diente—. ¡Ni se te ocurra morderlo!

—¡Piti ha hecho lo mismo! —rio Celia—. ¡En cuanto he abierto la caja, se ha vuelto loca! ¡Quería meterse dentro!

—Habrá que celebrarlo, ¿no? —le dije, emocionadísima.

—Si conseguimos sacar un rato, sí, deberíamos... —suspiró Celia.

Sonaba cansada. Yo también lo estaba, la verdad.

El canal de las Chicas del Bus llevaba diez semanas en lo más alto y había llegado a los cien mil seguidores. Lo estábamos disfrutando a tope, era el sueño de nuestra vida, pero también estaba siendo mucho más duro de lo que

pensábamos.

Llevaba un montón de años siguiendo a gente por redes sociales. Pensaba que sabía lo que hacían, pero... qué va. No tenía ni idea. Siempre había creído que toda esa gente que dice que los *influencers* son unos vagos que lo único que hacen es grabarse en vídeo y subirlo a YouTube se equivocaba, pero ahora estaba segura de que era así.

Nuestra vida era un no parar.

—Igual podríamos organizar una quedada este finde con los seguidores —sugerí yo—. Llevan un montón de tiempo pidiéndolo, pero nunca tenemos un rato.

—¡Sería guay! —respondió ella—. Pero ¿sabes qué? También deberíamos celebrarlo hoy. El Botón de Plata no se gana todos los días. Si no lo disfrutamos ahora, ¿cuándo lo vamos a hacer?

—Tienes razón —dije yo, intentando no mirar la montaña de deberes del instituto que se acumulaba en mi escritorio—. ¿Quedamos a las seis en el Milky Shake? Y así aprovechamos para pensar en lo de la quedada.

—¡Vale! —dijo Celia—. Te cuelgo, que me voy a preparar.

—Hasta ahora.

Cuando la cara de Celia desapareció del FaceTime, las trocientas mil notificaciones que tenía sin atender en el móvil empezaron a parpadear a la vez. Tenía que revisarlas. Llevaba semanas de retraso, pero es que no me daba la vida para más. Antes de apagar la pantalla, una notificación destacó de entre todas las demás.

Era un aviso de WhatsApp del grupo «Crew».

César: Tierra llamando a Eva, Tierra llamando a Eva.

17:09

Lara: Eso, desaparecida, ¿en qué andas?

17:10

Iván: En el insti, entre firma y firma de autógrafos, no hay quien te eche el guante.

17:10

César: Podíamos quedar este finde para hacer algo.

17:11

Lara: Si, tía, que hace mil que no quedamos.

17:11

Estaba a punto de decirles que sí, cuando me acordé de lo de la quedada

que había planeado con Celia. Me daba cosa volver a darles plantón, porque ya era la quinta o sexta vez seguida, pero... ¡seguro que lo entendían! ¡Ahora lo más importante eran Las Chicas del Bus!

Mientras pensaba qué escribirles para que no se enfadaran, recibí una llamada de un número oculto. Nunca, jamás, cogía llamadas de números desconocidos. Pero aquel día cualquier cosa era mejor que tener que inventar una excusa para dejar plantados a mis amigos, así que decidí responder.

Y aquella llamada lo cambió todo definitivamente.





Llegué al Milky Shake antes que Eva, y me pedí un *moccaccino* con nata mientras la esperaba. En realidad, ni siquiera tuve que pedirlo: el camarero me lo trajo a la mesa en cuanto me vio llegar. Eva y yo quedábamos en la cafetería del centro comercial todos los días después de clase, y siempre pedíamos lo mismo. Veíamos casi más al camarero que a nuestros propios amigos.

Y no estoy exagerando.

A mí al principio me agobiaba un poco que la gente nos reconociera, y eso. Pensaba que sería lo más difícil de tener un canal con muchos seguidores, pero me acostumbré rápido. El agobio, en realidad, venía de otro lado. Y es que ser *influencer* da mogollón de trabajo. Hay que planear qué contenido vas a subir a tu canal, estar al día de lo que hace otra gente, ver qué es lo que se lleva, pensar cómo hacer para que no sea una copia de todo lo que ya hay en redes, grabarlo, editarlo, subirlo... Si a eso le sumas todos los deberes y los temas para estudiar de segundo de Bachillerato..., te puedes imaginar la locura.

Pues en esa locura se había convertido mi vida, de repente.

Eva y yo no nos quejábamos, pero apenas nos quedaba tiempo para nada ni nadie más. Por las mañanas, las dos teníamos clase. A mediodía, comíamos en

el Milky Shake, que estaba en el centro comercial que quedaba entre su instituto y el mío. Nos ayudábamos a elegir canciones la una a la otra, discutíamos sobre qué contenido iba a subir cada una a su canal. Después decidíamos el del canal conjunto, y pensábamos en las coreografías. Y luego vuelta a casa, deberes, estudiar. Los fines de semana los dedicábamos a grabar todo lo que subíamos a lo largo de la semana, a veces juntas y otras por separado.

Y el lunes, vuelta a empezar.

Le di un sorbo al café. Me hacía falta la energía, pero la verdad era no me podía quejar. Eva se había convertido en mi mejor amiga: pensábamos igual, nos poníamos de acuerdo con muchísima facilidad, nos gustaba la misma música, nos lo pasábamos genial juntas...

Pero a veces echaba un poco de menos a mi *squad*.

Julia y a Marta estaban empezando a ponerse un poco celosas porque decían que le dedicaba demasiado tiempo a Eva... y al canal de las Chicas del Bus. ¡Pero no era culpa mía que ellas nunca quisieran salir en los vídeos! Yo las invitaba todo el rato a hacer nuevos retos y *tags*, pero ellas nunca querían. A veces lo entendía, pero otras tanto rechazo me sentaba un poco mal, la verdad.



A ellas dos era a las que más echaba de menos. Bueno, y a Jaime también. A él la verdad es que no le había invitado nunca a aparecer en mi canal. ¿En calidad de qué? De mejores amigos no, porque no lo éramos. De novios tampoco, porque ni siquiera habíamos tenido una cita. A veces pensaba en patentar con él el *tag* del *crush* (¡pero con tu *crush* presente!), y me reía. Pero, después de semanas y semanas proponiéndome planes que yo rechazaba uno detrás de otro, cada vez me escribía menos.

Igual podía invitarle a la quedada del finde. Así, con más gente, igual

resultaba todo menos incómodo. Y, con un poco de suerte, Julia y Marta también se animaban, y recuperaba un poco de tiempo perdido con todos. Ojalá que sí, porque el lunes teníamos un examen parcial con el Hueso..., y no me iba a dar tiempo a organizar la quedada con Eva y estudiar.

A todo eso estaba dándole vueltas cuando la puerta del Milky Shake se abrió, y alguien estuvo a punto de llevarse al camarero por delante.

—¡Ay, perdón, perdón, perdón! —se disculpó Eva al ver que al pobre se le habían caído los tres batidos que llevaba en la bandeja.

—Ahora te lo pago, no te preocupes —le dije al camarero, que se había agachado a recoger aquel arcoíris de líquidos de colores con una bayeta—. Eva, ¿estás bien? ¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Que si estoy bien? ¡QUE SI ESTOY BIEN! —me gritó. No sabía si estaba preocupada o emocionada—. Anda, siéntate. Si no, cuando te lo cuente la que vas a terminar en el suelo eres tú.

—Eva, tía, me estás asustando... —le dije, haciéndole caso.

—Tengo un plan mucho mejor todavía que el de la quedada con los seguidores —me dijo, ocupando la silla de enfrente—. Vamos a ir a un evento.

—¿A un evento? Pero para eso hay que tener...

—Un representante —dijo Eva, enseñándome un mensaje que había recibido en el móvil—. Me han llamado hoy de la agencia u2b4u. Quieren llevar nuestras cuentas.

Me levanté de la mesa para abrazar a Eva tan deprisa que casi tiro el *moccaccino* al suelo. El camarero nos miró fatal, pero a mí me dio igual. Estaba dispuesta a pagarle los batidos, el café y la carta entera, si hacía falta.

¡Aquella noticia sí que merecía que lo celebráramos por todo lo alto!

CAPÍTULO 10



—¡Oye, Eva, espera un momento! —me gritó César desde la acera donde tenía aparcada la moto.

—Eh, César. No te he dicho nada, pero hoy tampoco hace falta que me lleves en moto a casa, he quedado otra vez con Celia en el Milky Shake —le dije, apretando el paso.

En vez de arrancar, César vino corriendo detrás de mí.

—No, si eso ya me lo imaginaba —me dijo, con cara de chasco—. Lo que yo quería preguntarte es si al final puedo contar contigo este finde o no.

Ostras, lo de su cumple.

—Pues..., uf —dudé—. No creas que se me había olvidado, ¿eh? No te había dicho nada porque Celia y yo estamos pendientes de una cosa. Estamos esperando que nos confirmen si tenemos que ir a un evento al que nos ha invitado una marca de maquillaje.

César cerró los puños y la boca y no dijo nada. Mi amigo tenía fama de enfadarse poco, pero últimamente se mosqueaba conmigo cada vez que quedábamos.

—Te has picado —le dije al ver la cara que ponía.

—No.

—Venga, César, suéltalo, que si no se te hace bola —le insistí—. A mí me puedes contar lo que quieras.

—Bueno, eso será si estás disponible —rezongó—. Que, últimamente, es nunca.

—¡Sabía que te habías picado! —exclamé—. Pero César, tío, ¿no lo entiendes? Son nuestros primeros eventos, es importante que la gente nos vea, que nos conozca, para que más marcas quieran contactar con nosotros y...

—Si yo no digo que no sea importante, Eva —me interrumpió él—. Te prometo que entiendo que todo esto es superimportante para Celia y para ti, para Las Chicas del Bus y para vuestro futuro... Pero mi cumpleaños fue hace tres semanas, y llevo tres semanas, con sus veintiún días, preguntándote qué fecha te viene bien para celebrarlo. Y nunca, nunca, nunca jamás, puedes. Yo no pretendo ser más importante que un evento, solo estoy pidiendo que saques un par de horas para celebrar mi cumpleaños.

Me quedé con la boca abierta, sin saber qué contestar. ¿Qué le podía decir? Todo aquello era verdad, palabra por palabra. Pero lo peor era que yo ni siquiera me había dado cuenta de que mi mejor amigo llevaba tres semanas esperando para pasar tiempo conmigo. Y que yo era incapaz de hacer un mínimo sacrificio con él.

—César, te juro que si el evento no es este fin de semana, te lo dedico entero —le dije, intentando disculparme—. Pero hasta que no lo sepa no te lo puedo confirmar.

—Mira, Eva, déjalo. Da igual —respondió él, moviendo la cabeza como si mi respuesta le hubiera dolido—. Les voy a decir a Iván y a Lara de quedar el sábado. Si puedes pasarte, guay. Si no, pues ya nos vemos otro día. Cuando no estés tan liada.

Y, sin despedirse siquiera, se dio media vuelta y se fue.

Me di cuenta inmediatamente de lo idiota que había sido, y quise ir corriendo tras él. Pero, cuando llegué adonde tenía la moto aparcada, él ya había arrancado.

—¡Ahhhh! —grité, frustrada, tirando la carpeta al suelo—. ¡No puedo más!

Y es que de verdad no podía más. Si antes de que nos contactaran de u2b4u nuestra vida ya era un caos..., ahora lo era multiplicado por dos. Con tantos eventos y fiestas de marcas, ya casi no teníamos tiempo de grabar vídeos y montar coreografías. El poco tiempo libre que nos quedaba lo dedicábamos a estudiar y a dormir. Y ni con esas llegábamos a todo.

Necesitaba tomarme un minidescanso.

Eva: *BFF Alert.* Me quiero morir.

14:17

Celia: ¿Qué te pasa?

14:19

Eva: Nada, bronca con César. Estoy hecha polvo hoy, creo que me voy a casa directamente. Además, mañana tengo un examen.

14:19

Celia: Sí, yo también estoy cansadísima.

14:20

Eva: ¿Quedamos mañana? ¿Mismo sitio, misma hora?

14:21

Celia: Guay.

14:21

Eva: Pues hasta mañana, entonces. XXX

14:22

Pero, cuando llegué a casa y abrí la puerta de mi cuarto, me arrepentí inmediatamente de no haber quedado con Celia. Mi escritorio parecía la zona cero de un bombardeo. Todo estaba lleno de montañas de apuntes desperdigados sobre la mesa. Desde que habíamos empezado a ir a eventos y a dedicarle tiempo al canal, suspendí un par de exámenes. Mis padres me habían dado un aviso: si no recuperaba los exámenes, se acabó YouTube, los eventos, el representante. Los estudios eran lo primero.

Me senté delante del ordenador con una taza de té, agobiada.

Necesitaba un descanso, pero no iba a poder ser.

Si quería que las Chicas del Bus siguieran adelante, ahora me tocaba estudiar.





Estaba intentando editar el último vídeo que había grabado con Eva (que estaba agobiadísima estudiando para un examen), pero no conseguía concentrarme. Cogía el móvil una y otra vez, y repasaba sin parar la conversación de WhatsApp que había tenido con Jaime.

Jaime: ¿Al final tienes el evento ese que me dijiste el sábado, o estás libre?
18:15

Celia: Pues todavía no sé nada, nos lo tienen que confirmar.
18:16

Jaime: Ah.
18:20

Celia: ¿Por?
18:21

Jaime: No, por nada.
18:23

Celia: Bueno, como quieras.
18:23

Salí de WhatsApp y cerré la aplicación. Pero me arrepentí a los cinco minutos.

Celia: Oye, Jaime, lo siento.
18:29

Jaime: ¿Por qué?
18:30

Celia: Pues porque últimamente es imposible quedar conmigo. No hago más que darle plantones a todo el mundo. Julia y Marta ya me odian un poco, no quiero que me odies tú también.
18:32

Jaime: No te odio, sé que estás muy liada. Lo entiendo, de verdad.
18:34

Celia: ¿Qué me querías proponer el sábado?
18:35

Jaime: Uno de los amigos con los que ensayo va a celebrar su cumple este finde. Quería preguntarte si te apetece venir.
18:37

Celia: Te prometo que si al final no tengo evento, voy contigo.
18:38

Jaime: Y luego, después de la fiesta, si quieres podemos hacer algo los dos solos.
18:41

Celia: ¿Me estás proponiendo una cita?
18:43

Jaime: Si quieres, sí.
18:47

Y ahí me quedé helada. ¿Quería tener una cita con Jaime? La verdad es que todavía no sabía si me gustaba o no. Creía que sí, y las últimas veces que habíamos hablado (siempre por WhatsApp, porque ahora coincidíamos poco) había habido bastante tonto. Pero yo ya no sabía si lo hacía porque no quería que me cogiera manía, después de tantos plantones, o porque me gustaba de verdad.

Jaime: ¿Celia? Oye, que si no quieres nada.
18:55

Celia: Mira, justo me acaban de confirmar que sí que tengo evento el sábado. Vamos a tener que dejarlo para otro día.
19:01

Jaime: Vaya.
19:02

Celia: Ya, lo siento.

Jaime: Bueno, otra vez será.
19:03

Lo peor de todo es que no era verdad. No nos habían confirmado si teníamos o no el evento, pero me había parecido la manera más fácil de darle largas sin quedar mal. Y sin cerrarme la puerta a poder tener una cita con él cuando por fin me aclarara.

Yo no contesté a su mensaje, Jaime no volvió a escribirme nada más y yo... Yo era incapaz de concentrarme en nada que no fuera repasar una y otra vez la conversación, como si fuera a encontrar un mensaje secreto en ella, o algo así.

—¡Ay! —me quejé, tumbándome en la cama con el portátil apoyado en los muslos.

Últimamente, la situación me estaba sobrepasando. Estaba encantada con la cantidad de marcas que habían contactado con nosotras a través de nuestro representante, me lo pasaba genial con Eva en los eventos y los vídeos (cuando teníamos tiempo de grabarlos) cada vez nos quedaban mejor, y tenían más visualizaciones, y el canal no dejaba de crecer, pero...

La verdad es que estaba un poco agobiada. Todo estaba ocurriendo demasiado deprisa. Ni Eva ni yo sabíamos cómo llevarlo todo cuando se nos juntaban cosas. Estábamos un poco superadas. Como no le pusiéramos remedio, al final nos iba a pasar factura: íbamos a dejar de disfrutar de nuestro sueño, que era de lo que se trataba todo.

Apoyé la cabeza en la almohada y cerré los ojos. Piti vino ronroneando y buscando mimos. Se me tumbó en las manos, todavía apoyadas en el teclado.



De repente, el ordenador empezó a hacer un ruido muy raro.

—¡Piti, cuidado! —le dije, apartando a la gata de las teclas.

Entonces me di cuenta de que lo que sonaba no era mi gata aplastando el teclado, sino una notificación de las Chicas del Bus. El vídeo que acababa de editar ya se había cargado y alguien nos había dejado un comentario en el que no decía nada. Solo habían dejado un link. ¿Sería un virus, o algo así? No sabía por qué, pero me olía raro.

Al final me atreví a pinchar en él. Y lo que apareció en la pantalla me dejó helada.

El enlace vinculaba con un canal de dos chicos. Mystery Boys, se llamaban. Uno tocaba el bajo y el otro la guitarra. Se habían grabado de cuello para abajo y no se les veía la cara, pero el fondo de su vídeo era algo que parecía... ¿una parada de autobús?

¡Y estaban haciendo una *cover* de *Riptide*!

Busqué en la info de su perfil y vi que el canal no llevaba ni dos semanas activo, pero ya tenía casi treinta mil suscriptores.

No me lo podía creer. Todavía no sabía si aquello era bueno o era malo, pero a Eva y a mí nos habían salido dos imitadores misteriosos... ¡que se estaban aprovechando de nuestra fama para hacer despegar su canal!

CAPÍTULO 11



—¿Mmmpf mmmpf mmmpf mmmpf bien? —le pregunté a Celia con la boca llena.

—¿Qué?

—¡Que si te lo estás pasando bien! —repetí mientras tragaba lo que estaba comiendo.

Una marca nos había invitado a un evento de presentación de una nueva marca de gominolas. Habían puesto un *candy bar*, y nosotras lo estábamos saqueando.

—La verdad es que no —me respondió ella, eligiendo una barra de regaliz de entre los mil tipos diferentes que había.

—Ya, yo tampoco lo estoy disfrutando mucho —dije, metiendo la mano en un cuenco de chucherías de colores—. No paro de darle vueltas.

—¿A lo de los Mystery Boys?

—Sí —dije—. Estoy cabreadísima. Y lo que más me enfada de todo es no poder sacármelo de la cabeza.

—Ya... A mí me pasa igual —reconoció Celia—. Esta semana he intentado no ver los vídeos que han subido, pero...

—Sí, es imposible no verlos —dije yo—. A mí me los han mandado mil veces, por mil sitios distintos, y al final he terminado picando. Creo que me los sé de memoria.

—¡Como para no hacerlo! ¡Si son iguales que los nuestros! —protestó Celia, arrancando un mordisco de regaliz con rabia.

La respuesta de Celia hizo que me encendiera más todavía. Lo que decía era verdad. Nos habían salido dos imitadores que se dedicaban a hacer versiones de nuestras versiones. Superoriginal, ¿eh? El montaje, la música... Incluso las canciones. Lo hacían todo exactamente igual que nosotras. Ah, no, espera. Exactamente no. Celia y yo acompañábamos nuestras *covers* con coreografías, y ellos tocaban el bajo y la guitarra. Fin: ni siquiera había que buscar las siete diferencias, porque solo había una. Vamos, que se lo habían currado cero. Y encima solo podía desahogarme con Celia. Cuando mandé el enlace del canal a mi *crew*, César directamente pasó de contestar, y Lara e Iván dijeron que no entendían por qué me picaba tanto. «Lo que pasa es que te da rabia que hayan conseguido casi los mismos suscriptores que vosotras en la mitad de tiempo». ¿Cómo era posible que no se dieran cuenta de que eran unos cazapartner aprovechados? ¡Que lo que estaban haciendo era una copia y todo el esfuerzo era nuestro!

Uf, es que cuanto más lo pensaba, peor me ponía. Devolví al cuenco el puñado de gominolas que acababa de coger, y me sacudí el azúcar de las manos con rabia.

—Yo creo que me voy a pirar, Celia. No me apetece nada estar aquí.

—Ya, yo estoy superemparanoiada con que cualquier día nos los encontramos en un evento —dijo ella, terminándose el regaliz y recogiendo el bolso. Yo arrugué la frente—. No pongas esa cara, que tienen casi los mismos seguidores que nosotros.

—Es verdad...

—Así que mejor pirarse, sí —dijo Celia.

—¿Maratón de Netflix en mi casa? —le propuse.

—Ese plan me mola bastante más —me dijo ella, cogiéndome del brazo y arrastrándome para salir por la puerta.

Pedimos un taxi para que nos llevara a casa y, de camino, una pizza familiar para comérsola mientras nos dábamos un atracón de series.

El coche nos dejó en mi portal y subimos a casa. En mi cuarto le presté a Celia algo de ropa para que se cambiara la de fiesta, cogimos el ordenador y nos tumbamos en la cama. Y justo cuando iba a abrir la página de Netflix...

Notificación nueva de los Mystery Boys.

—¿Te has suscrito a su canal? —me preguntó Celia, extrañada.

—Sí... —confesé—. Pero me he hecho una cuenta falsa, tranqui. No quiero que sepan que los seguimos.

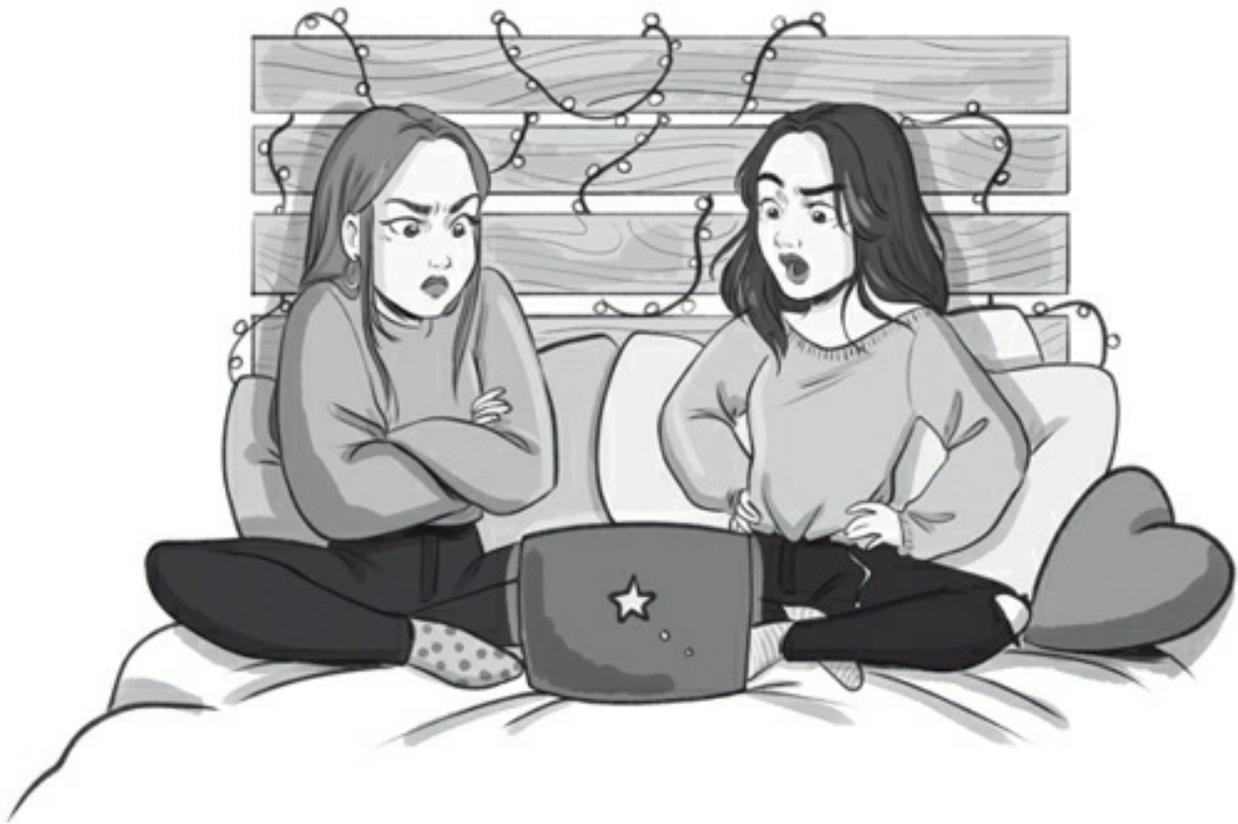
—Yo... Bueno, me daba palo decírtelo, pero la verdad es que he hecho lo mismo —dijo Celia.

—Anda que... Ya nos vale.

—¿Y ahora qué hacemos? —me preguntó—. ¿Lo vemos?

—Ya no sé qué vídeo pueden habernos copiado, porque se los han fusilado todos —dije yo—. La verdad es que me pica la curiosidad.

—Pero nos vamos a cabrear más todavía... —me avisó Celia.



—Bueno, por lo menos estamos juntas —dije yo.

Pero, justo cuando le íbamos a dar al play, a las dos nos empezó a sonar el móvil.

Era una llamada de nuestro representante de u2b4u.

¿Para echarnos la bronca por habernos escapado del evento antes de tiempo?

Eso pensamos nosotras.

Pero lo que estaba a punto de decirnos nos sentó mucho peor que una bronca.



—¿Que los Mystery Boys acaban de conseguir el Botón de Plata? ¿A base de copiarnos? ¡¿En serio?! —le gritó Eva al móvil. Se lo apretaba tan fuerte contra la oreja que pensé que iba a hacer *¡chas!* y se iba a romper.

Yo no esperé ni a que terminara de hablar: pinché en la pestaña de «Info» del canal de los dos chicos misteriosos y comparé datos. El de Las Chicas del Bus tenía ya ciento treinta mil suscriptores. Habíamos tardado meses en conseguirlos desde el primer vídeo en la parada. Los Mystery Boys habían aparecido hacía menos de tres semanas, y ya estaban un poco por encima de los cien mil.

No era justo.

Y, por la cara que se le había puesto a Eva, estaba claro que pensaba lo mismo que yo.

—Os llamo porque la agencia ha decidido ofrecerse a representarlos —nos dijo nuestro agente. Eva le había puesto en manos libres para que pudiéramos escucharle—. Vuestros públicos son muy parecidos, y estaba pensando que podríamos organizar alguna acción conjunta...

—¿En serio los vais a representar? —me quejé yo.

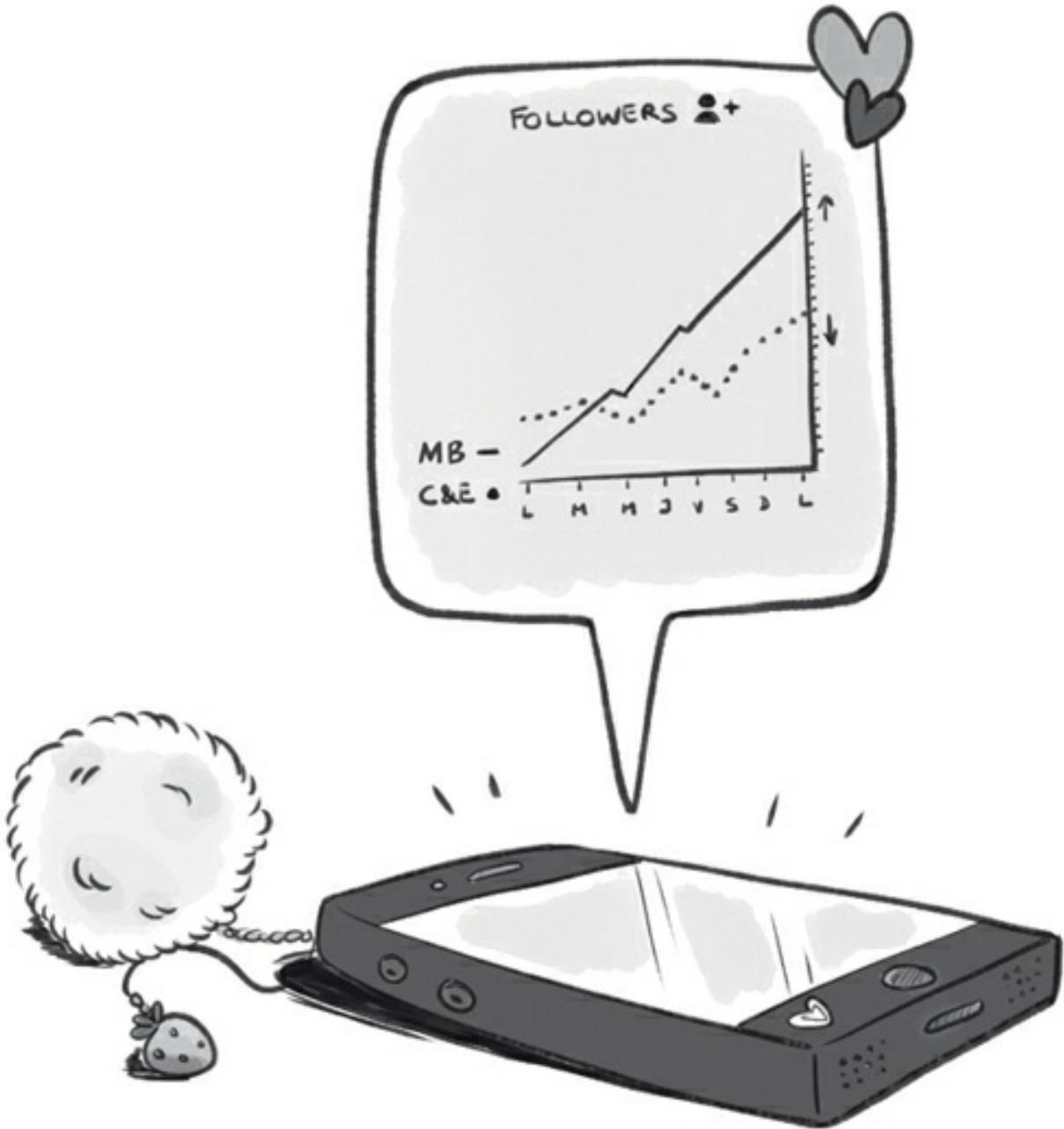
—No queremos hacer acciones con ellos —me apoyó Eva.

—Chicas, al final lo que os convierte en *influencers* es el número de seguidores. El vuestro lleva varias semanas estable, mientras que el de ellos no deja de subir. Creemos que una colaboración entre ambos canales podría beneficiar a la popularidad y el crecimiento de las dos cuentas.

—¿De verdad nos estáis pidiendo que ayudemos a subir suscriptores a esas dos sanguijuelas? No me lo puedo creer —dije yo—. Su canal es una fotocopia del nuestro. Me parece que ya les hemos ayudado bastante.

—¿Lo que tendríamos que hacer es denunciarlos por copiarnos! ¿Eso no se puede hacer? ¿No se puede hacer que les cierren el canal, o algo así? —dijo Eva.

—No creo que sea buena idea enfrentaros a ellos —dijo nuestro agente—. Si siguen creciendo a este ritmo, pronto serán más conocidos que vosotras. Entiendo que no os haga mucha gracia, pero deberíais pensaros lo que os he dicho. Y, si definitivamente no queréis colaborar con ellos, vais a tener que inventaros algo para que vuestros suscriptores vuelvan a crecer: algo más divertido, ingenioso, diferente... Os dejo un par de días para que os lo penséis. Hablamos, chicas, un beso —nos dijo.



Y colgó.

—O sea, que ellos crecen siendo dos parásitos, pero las que nos lo tenemos que currar somos nosotras. ¡No me lo puedo creer! —le dije a Eva.

Nuestro agente acababa de mandarnos por WhatsApp un pantallazo de un gráfico en el que aparecía reflejado el crecimiento de nuestro canal y el del de los Mystery Boys. Todo lo que nos había dicho era verdad, pero nos parecía

muy fuerte lo que acababa de proponernos.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Pues colaborar con ellos no, ni de coña —dije yo—. Tenemos que pensar en algo distinto.

—Pues tú me dirás el qué... —rezongó Eva.

Yo me quedé un momento pensando. Y entonces vi en el portátil de Eva la pestaña abierta con el canal de los Mystery Boys. Antes de la llamada de nuestro agente, estábamos a punto de ver su último vídeo.

Y entonces se me encendió la bombilla.

—¿Y si hacemos lo mismo que ellos?

—¿Copiarnos a nosotras mismas? —me dijo Eva—. No sé, no me parece muy buena idea, la verdad.

—¡No, copiarles a ellos! —dije yo, emocionada—. Tú misma lo has dicho antes, ya no les quedaban vídeos nuestros que imitar. Algo nuevo se habrán tenido que inventar. ¿Por qué no entramos al trapo y les copiamos lo que sea que hayan hecho... pero mejorado?

Eva me miró con una sonrisa y extendió la mano para darle al play en su ordenador. Claramente, los Mystery Boys tenían cero imaginación. En su último vídeo habían intentado imitar un *carpool* karaoke encima de una moto. La moto no se movía, y ellos iban tapados con los cascos para que no se les viera la cara. Encima de copiones, cobardes. En fin. Era superridículo verlos haciendo equilibrismos en la moto con el bajo y la guitarra, y el vídeo era el que menos *views* tenía de todo el canal, pero...

Era algo con lo que empezar.

—¿Qué me dices? —le dije a Eva—. ¿Les damos un poco de su propia medicina?

—¡Eso está hecho! —me respondió ella, chocando los cinco conmigo.

Así que, en vez de pasarnos la tarde de maratón de series, nos la pasamos planeando maldades.

CAPÍTULO 12



—Oye, que os toca —me dijo el chico que tenía detrás en la cola, dándome un golpecito en el hombro.

—¿Perdón? —pregunté yo, levantando la vista del móvil.

—El mostrador, que se ha quedado libre —repitió el chico, señalando el bar del cine y la máquina de palomitas—. Os toca.

—Ah, es verdad, gracias —dije, tirando de la manga de Celia y arrastrándola al mostrador.

—Dos menús, por favor —le pidió mi amiga al camarero—. Uno con palomitas dulces y otro saladas. Con refrescos grandes. ¿Te parece bien? —me preguntó.

—¿El qué? —dije yo, levantando otra vez la cabeza del móvil.

—Eva, tía, que eres tú la que tenía mil ganas de ver la peli. ¿Qué te pasa? —me preguntó.

—Mira —le dije, enseñándole el vídeo—. Llevamos casi sesenta y cinco mil visualizaciones, ¡y no lleva subido ni una hora!

—¡Ostras! —gritó Celia—. ¿En serio? ¡Uy!

Me emocioné tanto que, al estirar la mano para pasarle el móvil, tiré al suelo las palomitas y los refrescos que nos acababan de servir.

—¿Nos pones los menús otra vez, porfi? —le pedí al camarero.

El chico que teníamos detrás resopló y nos miró fatal. Yo junté las manos

delante del pecho como si fuera a rezar y vocalicé un «Lo siento».

—La verdad es que ha quedado guay, ¿eh? —me dijo Celia.

—Ya te digo. Las que valen, valen —respondí yo, orgullosa.

Mientras el camarero volvía a ponernos los dos refrescos grandes, esperábamos a que se hicieran las palomitas dulces (que se habían terminado) y sentíamos en la nuca la mirada asesina del chico de la cola, vimos el vídeo otra vez. Estaba teniendo mogollón de éxito, pero es que nos lo habíamos currado como nunca. Hasta nos habíamos inventado un concepto nuevo: el *buspool* karaoke. Habíamos tenido que liar a la hermana de Celia, que tenía una amiga que era conductora en la empresa de transportes de su familia, y conseguimos grabar una parodia del vídeo de la moto de los Mystery Boys dentro de un autobús.

Y, mientras que el vídeo de los chicos no podía ser más cutre, el nuestro parecía un videoclip.

Marta y Julia, las amigas de Celia, nos ayudaron con el maquillaje y la peluquería. Lara e Iván nos echaron una mano con la iluminación y la cámara. Intenté convencer a César de que nos prestara dos cascos de moto para reírnos un poco de los chicos misteriosos, pero no quiso hacerlo. Llevaba meses raro conmigo (desde que había empezado todo lo de las Chicas del Bus), y yo sabía que mucha de la culpa era mía por no hacerle todo el caso que debería, así que no insistí. Al final, nos los prestó otra amiga de Ruth, y la verdad es que el efecto de entrar en escena con ellos puestos quedó chulísimo.

Hicimos una *cover* de *See You Again* de Miley Cyrus, y al final nos vinimos arriba y terminamos haciendo como que conducíamos nosotras mismas el bus. El último plano del vídeo era un fondo negro con un mensaje clarísimo para los Mystery Boys: «Hasta para copiar hay que tener imaginación. Superad esto».

Celia y yo estábamos viendo el vídeo por vez número mil, y todavía lo seguíamos flipando. Y la respuesta de nuestros seguidores estaba siendo alucinante.

Les iba a encantar lo próximo que teníamos planeado: una canción original, con una letra compuesta por nosotras. Celia estaba empezando a sacar algunos acordes con la guitarra, pero habíamos pensado pedirle ayuda a César y Jaime para que nos acompañaran con los instrumentos, pero todavía no nos atrevíamos a dar ese paso.

—Somos la caña —le dije yo—. Yo creo que, después de esto, esos dos se

bajan de la vida.

—Ya te digo —rio Celia—. Setenta mil visualizaciones, y subiendo. A ver qué hacen después de esto.



—¡Oye, chicas! —nos llamó un chico desde la fila.

Yo miré el mostrador y vi que el camarero ya nos había puesto los dos cubos de palomitas y los refrescos. Me di media vuelta para decirle al pesado

de la cola que se relajara un poquito, que ya nos íbamos y le dejábamos comprar en paz...

Pero, cuando me di media vuelta, me di cuenta de que no era él quien nos había llamado. Era César, que venía con toda mi *crew*... y con el *squad* de Celia. No conocía al otro chico que venía con ellos, pero me olía quién podía ser.



—Uy, Celia, te has puesto rosita —me dijo Eva, la muy graciosa.

Yo hice como que pasaba de ella para no ponerme roja del todo, y saludé al chico que nos acababa de llamar.

—Hola, Jaime —le saludé. Madre mía, estaba guapísimo. Además del calor en las mejillas, empecé a notar un burbujeo en el estómago. Me estaba poniendo nerviosa—. Menuda casualidad, ¿no? —dije, al verlos a todos juntos.

—Pues la verdad es que no —respondió él, con una sonrisa—. Hemos quedado todos para venir juntos al cine.

—¿En serio? —preguntó Eva—. ¿Y eso?

—Bueno, en realidad hemos quedado César y yo —empezó a explicar Jaime—. Íbamos juntos al cole, y ensayamos en el mismo grupo.

—¡Ah! ¡Así que este es tu famoso colega del grupo, el que toca el bajo! —dijo Eva, que por fin estaba atando cabos. Le dio dos besos en las mejillas para presentarse—. ¡Por fin nos conocemos!

—Y nosotros habíamos quedado con Julia y con Marta —dijo Iván—, que nos lo pasamos guay el día que grabamos el vídeo, y nos apetecía repetir. Luego nos ha escrito César para decirnos que si queríamos ir al cine con él y

con su amigo, y al final hemos acabado juntándonos todos.

—Pues anda que avisáis —comentó Eva.

Sonaba como si estuviera enfadada.

—¿Para qué? —contestó César—. ¿Para que nos des plantón como haces siempre?

—César... —le dijo Iván, cogiéndole del brazo.

Con el genio que tiene, pensé que Eva iba a soltarle alguna bordería y a dejarle mal delante de todo el mundo, pero en realidad miró al suelo e hizo algo que no me esperaba.

Le dio la razón.

—Ya, es verdad —dijo, levantando la cabeza del suelo—. En realidad, nosotras hemos quedado por nuestra cuenta y tampoco os hemos avisado a vosotros. Pero, ya que estamos, podemos ver la peli juntos, ¿qué os parece?

—A mí me parece guay —dijo Jaime, colocándose a mi lado—. ¿Qué entradas tenéis?

—Fila 10, butacas 6 y 8. ¿Vosotros? —preguntó Eva.

—César, Lara y yo estamos en la 10 también —dijo Iván.

—Vaya, yo estoy en la 11, con Julia y Marta —dijo Jaime.

—No te preocupes, Celia, que nosotras te hacemos un huequito al lado de... —empezó a decir Julia con cara de pilla, pero se interrumpió cuando Marta le dio un codazo disimulado—... entre nosotras. Entre nosotras, quería decir.

—¿Te gustan las palomitas dulces? —le pregunté a Jaime, tendiéndole el cubo para que me lo sujetara mientras guardaba el móvil en el bolso.

—Me pirran —dijo él con una sonrisa.

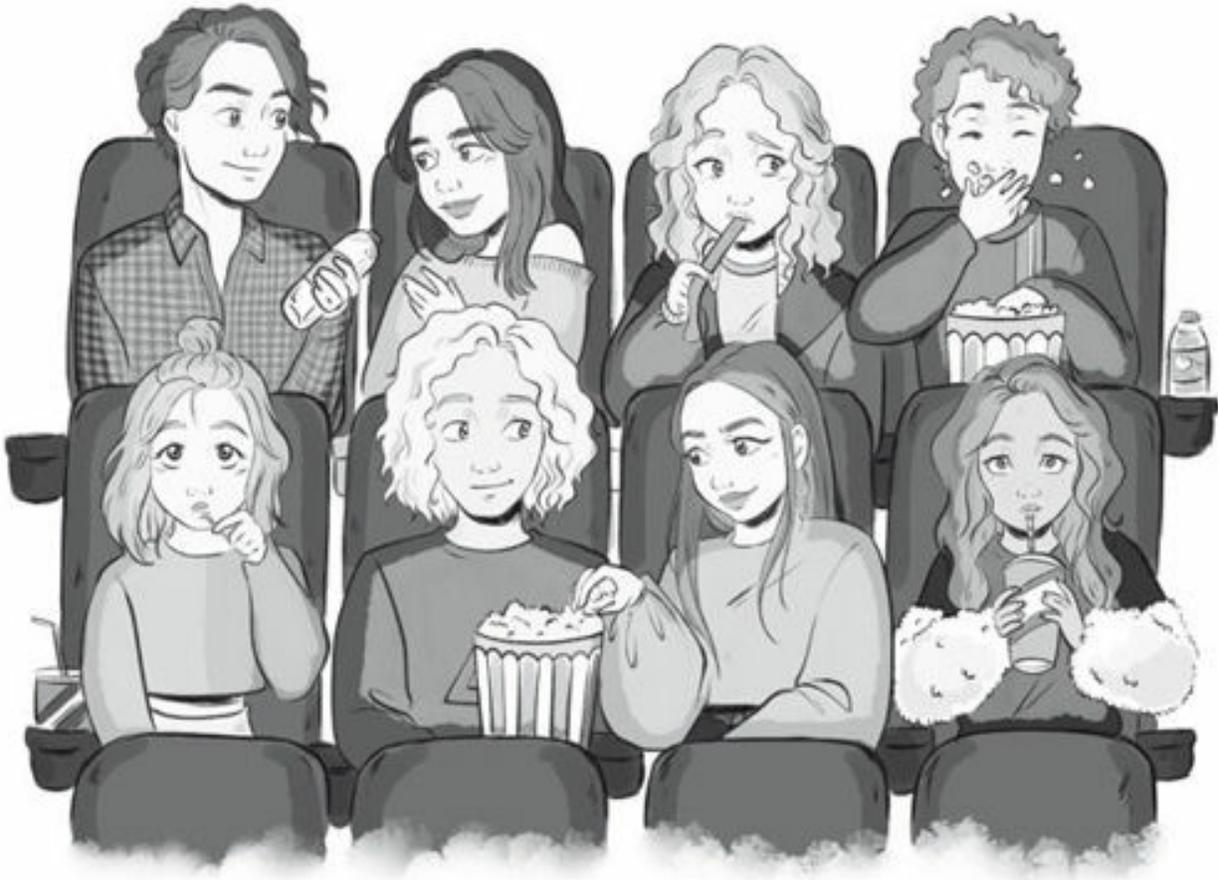
—Entonces mejor me siento a tu lado, y compartimos —respondí yo.

A Julia se le abrió la boca sola, y Marta tuvo que darle un toquecito en la barbilla para cerrársela. Eva se rio: desde que el canal de las Chicas del Bus se había convertido en uno de los más seguidos en redes, yo me había soltado un montón. Julia y Marta se habían perdido un poco el cambio y se sorprendieron, pero Eva ya estaba acostumbrada a verme en acción.

Entramos todos juntos en la sala, y nos sentamos en dos filas. Yo al lado de Jaime, entre Julia y Marta. Y Eva, mucho más suave que de costumbre, al lado de César. Estaban muy juntitos, hablándose al oído, como si se les hubieran pasado mágicamente todos los enfados.

Casi no me enteré de qué iba la peli. Cada vez que metía la mano en el cubo de las palomitas para coger unas pocas, mi mano y la de Jaime se rozaban y yo

perdía la concentración.



—Ha estado guay quedar todos juntos —dijo Iván cuando la peli terminó y salimos del cine—. Deberíamos repetirlo más a menudo.

—Sí, molaría —dijo César, mirando a Eva de reojo—. Nos hacía falta.

Eva se sonrojó un poco, pero no dijo nada.

—Sí, todos os echamos de menos —dijo Julia.

Jaime no dijo nada, pero me rozó la mano disimuladamente. De repente sentí que, por culpa de las Chicas del Bus, me estaba perdiendo la oportunidad de intentar algo con un chico que, definitivamente, me gustaba.

—Igual tendríamos que tomárnoslo con más tranquilidad... —le dije a Eva en voz no muy alta.

—¿Cómo? ¿Justo ahora que estamos a punto de ganarles a esos dos aprovechados la guerra de *likes*? —respondió ella. Sacó el móvil del bolso y me enseñó las visualizaciones de nuestro último vídeo—. Dos horas ha durado la peli, Celia. Y hemos llegado ya a casi cien mil visualizaciones. Les vamos a

dejar por los suelos.

—Ya, es verdad, no podemos relajarnos ahora —dije yo, apartándome de Jaime para no volvernos a rozar «por accidente».

César y él intercambiaron una mirada muy rara al escucharnos.

Una mirada que podía ser de decepción..., pero también de desafío.

CAPÍTULO 13



Encontrarnos en el cine por casualidad con nuestros amigos fue muy guay. Pero lo que más me moló fue poder pasar un rato con César sin estar de morros.

Así que, cuando llegué a casa, le mandé un mensaje.

Eva: Me lo he pasado guay hoy. Te echaba de menos.

23:57

César: Y yo a ti. Me ha sabido a poco.

23:57

Eva: Jo, es verdad.

23:58

César: ¿Por qué no lo repetimos mañana, que es sábado y no tenemos clase?

23:59

Eva: ¿Mañana?

23:59

César: ¿O tenéis evento, o algo así?

00:00

Había quedado con Celia para grabar un vídeo nuevo, pero, con lo bien que estaba yendo el del *buspool*, la verdad es que podíamos esperar un poco. Además, los Mystery Boys todavía no habían contraatacado. Podíamos tomárnoslo con calma.

Eva: Oye, Celia, ¿te importa si en vez de mañana quedamos el domingo?
00:02

Celia: No, me da igual un día que otro. ¿Por? ¿Pasa algo?
00:03

Eva: No, nada. Es que tengo cosillas que hacer.
00:03

César: Oye, Eva, que no te quiero agobiar. Si estás liada no pasa nada.
00:04

Eva: No, no tengo nada mañana por la tarde. ¿A qué hora quedamos?
¿Quieres que avisemos a Lara e Iván?
00:05

César: Yo había pensado coger la moto e irnos a algún sitio los dos solos.
00:05

Eva: Vale, me parece guay.
00:06

César: ¿Te paso a buscar después de comer?
00:07

Eva: *Perfect!*
00:07

César: Hasta mañana.
00:08

Y me pasé nerviosa toda la noche y todo el día, como si en vez de con César, mi amigo de toda la vida, fuera a quedar con un chico que me gustaba. ¡Menuda pava!

—¿Adónde vamos? —le pregunté mientras me ponía el casco, a las cinco en punto, en la acera enfrente de mi casa.

—A un sitio donde tus *followers* no puedan reconocerte —me dijo, sentándose en la moto.

—¿Me vas a secuestrar? —bromeé.

—No, pero no me apetece tener que estar espantándote a los fans como moscas —me dijo—. Me apetece estar contigo y hablar tranquilis.

—Bueno, Mister Misterio, pues vamos donde tú quieras —reí.

César puso una cara un poco rara cuando le llamé Mister Misterio, pero se puso el casco y arrancó. Salimos de la ciudad y estuvimos conduciendo más de media hora por la autopista. Al final, César se metió por un camino de tierra, y llegamos a la puerta de una especie de parque.

—Aquí no nos va a molestar nadie —me dijo mientras apagaba el motor.

—No sabía ni que este sitio existía —dije cuando entramos.

—Yo creo que te va a gustar —me dijo César, agarrándome del brazo.

Y la verdad es que lo flipé. Nos pasamos la tarde paseando por aquel bosquecito y hablando junto a un lago lleno de cisnes y patos. Había un montón de zonas con unos columpios de madera chulísimos y castillos de cuerda como los que hay a veces en la playa, y estaba lleno de familias con niños y... de parejitas felices.

—Guau, este sitio mola todo —dije yo cuando llegamos a una especie de cenador dentro de un pequeño bosquecito—. Debería traer a Celia. ¡Podríamos hacer un vídeo muy guay!

César, que llevaba toda la tarde riendo y relajado, como siempre, se puso tenso.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. Ya he dicho algo que no te ha molado y la he fastidiado.

—No, bueno, es que... —murmuró César—. Ya solo piensas en Las Chicas del Bus. Estás muy pesadita con eso.

—Es que, ahora mismo, es lo más importante para mí —respondí yo.

—No, si ya me quedó claro ayer —rezongó él.

—César, ¿qué pasa? ¿Te sienta mal que nos vaya bien con el canal? ¿Por eso llevas tan raro todo este tiempo? —le pregunté ya a las claras.

—No, Eva, no es eso —me dijo él—. Es que me parece que se te está subiendo un poco a la cabeza.

—¿Vas en serio? —contesté, cabreada.

—Pues... sí —respondió él—. Soy tu amigo, y me parece que alguien te lo tiene que decir de una vez.

—¿Y por qué piensas eso? —le pregunté, dolida.

—Porque nos estás dejando de lado, Eva —me dijo él—. Últimamente todo son eventos, quedadas, vídeos... Cuando nos llamas, es porque nos necesitas para algo, como cuando grabasteis lo del *buspool*, no porque te interese saber de nosotros.

—Está claro que no entiendes nada —le dije yo—. Estaba pasando una tarde guay. Por fin llevo un par de días tranqui, ahora que los Mystery Boys esos parece que han pillado el mensaje y han dejado de copiarnos, y tienes que venir tú a darme la chapa y chafármelo todo.

—Pues lo siento, Eva, pero es que es la verdad —contestó César. Y luego se quedó callado..., como si estuviera pensando si contarme algo más—. Yo

es que ya no sé qué más hacer para que te des cuenta de que...



—¿Sabes de lo que me he dado cuenta? —le interrumpí—. De que ya no me apetece estar aquí. ¿Me llevas a casa?

—Cla-claró —balbució César.

Media hora después, mi amigo aparcaba la moto delante de mi casa.

Volvíamos a estar enfadados. Más que antes, incluso.

Me puse supertriste cuando le oí arrancar sin despedirse. ¡Menudo idiota!

Me dolía muchísimo que no entendiera lo importante que era el canal para mí. Pero me dolía mucho más que me estuviera haciendo elegir entre mi sueño y mi mejor amigo.



Después de que Eva me llamara para decirme que no podía quedar, me puse a apuntar ideas en un cuaderno del instituto para nuestro próximo vídeo. Igual en vez de una *cover* podíamos subir un reto, o inventarnos un *tag* chulo. Nuestros seguidores nos estaban pidiendo un «preguntas y respuestas incómodas», pero eso estaba bastante visto. Si de verdad queríamos posicionarnos por delante de los Mystery Boys, teníamos que hacer cosas originales. Entonces me llegó un mensaje de nuestro representante con las estadísticas de la semana y...

¡Guau! ¡Íbamos disparadas!

El vídeo del *buspool* tenía trescientas mil visualizaciones, y seguía subiendo. De hecho, nuestro representante nos había dicho que igual era mejor esperar unos días a subir contenido nuevo, y crear un poco de *hype*.

Era una noticia guay, pero... ¿ahora qué hacía yo durante el resto de la tarde?

Pues darle vueltas al tarro, claramente. No me quedaba otra.

Cogí el móvil y me puse a ver los *stories* de la gente que seguía en Instagram para distraerme un poco. Pero, entonces, me salió uno de Jaime.

Era un fondo negro con un mensaje.

«A tu lado, a oscuras, todo se siente más».

Casi me da algo.

Aquello iba claramente con segundas para mí, por lo que había pasado en el cine la noche anterior.

¿Qué hacía? ¿Le mandaba un *direct*? Igual eso era «demasiado» *direct*. Pero, si no le decía nada, se iba a pensar que pasaba de él, porque le iba a aparecer en las notificaciones que lo había visto.

Uf, qué movida.

Estuve un rato con la pestaña del *direct* abierta, escribiendo y borrando mensajes, hasta que al final me atreví a darle al botón de «Enviar».

Celia: A ti ser sutil no se te da muy bien, ¿no?

Jaime: 😊

Celia: Anda, mírale ahora qué tímido. Ahora que me lo puedes decir a la cara, me vienes con emojis.

Jaime: Bueno, a la cara en realidad no te lo puedo decir. Más bien a la pantalla.

Celia: ¿Eso es otra sutileza para quedar?

Jaime: Me encantaría, la verdad, pero sé que eres una *influencer* muy ocupada.

Celia: Pues resulta que justo hoy la *influencer* tiene la tarde libre.

Jaime: ¿Te apetece repetir en el cine?

Estuve un rato pensándome si decirle algo del mensaje que había escrito él, pero ya estaba yendo bastante a saco, así que me corté un poco.

Celia: Vale. Miro sesiones y te hablo ahora por WhatsApp para decirte hora.

Fue mirar la cartelera, mandarle un *link* con los horarios, y correr al cuarto de mi hermana, que se estaba preparando las clases de la semana.

—¡Ruth, me tienes que ayudar a elegir el *outfit* de esta tarde!

—¿Vas a algún evento importante? —me preguntó ella.

—No... —dije—. Al cine.

—¿Y por qué necesitas ir estupenda al cine esta tarde? —sonrió.

—Yo qué sé, porque igual me reconoce algún seguidor y se quiere hacer una foto conmigo, o algo... —intenté disimular, pero estaba roja como un tomate.

—¡Ay, la leche! ¡Que has quedado con un chico! —gritó mi hermana como una loca.

—¡Calla! ¡Que te van a oír papá y mamá!

—¿Es el que te espera siempre en la puerta del instituto con Julia y Marta?
—me preguntó con voz de pillá—. La verdad es que es supermono...

—Bueno, ¿me vas a ayudar o no?

—Vale, fierá, no te pongas así, que ya te ayudo —me dijo, riendo.

Me costó dos horas de revolver el armario de Ruth y el mío enteros... para al final ponerme casi la misma ropa que el día anterior.

—¿Quieres que te acerque al cine en coche? —se ofreció mi hermana cuando estaba a punto de terminar de maquillarme.

—Tú lo que quieres es cotillear... —le dije, arrugando los labios y pintándome los dientes.

—Y tú lo que no quieres es llegar tarde a tu cita, doña Puntual —rio ella, señalándose el reloj de pulsera.

Al final Ruth se salió con la suya y me llevó en coche.

Pero por el camino se me fue pasando todo el descaro que había tenido a la hora de escribir a Jaime por el móvil. Tragué saliva cuando le vi esperándome en la puerta del centro comercial en el que habíamos quedado.

Me metía yo sola en unos jardines...

Menos mal que Jaime estaba igual de majó que siempre.

—Hola —me dijo, saludándome con dos besos en las mejillas—. ¿Ya sabes qué quieres ver?

—No lo he pensado, la verdad. ¿A ti te apetece alguna en particular?

—Si es a oscuras y a tu lado, la verdad es que me da igual —me lanzó.

Así que Jaime había venido a jugar. Pues íbamos a jugar, entonces. Le cogí la mano, y eso le sorprendió.

—Guay, pues entonces elijo peli —dije, sonriendo—. Te dejo elegir sabor de palomitas.

—¡Pero si ya sabes que me gustan dulces! —rio él, siguiéndome obediente.

Y sin soltarme de la mano.

Nos pasamos toda la película así, con los dedos entrelazados, acariciándonos el dorso. A mitad de la peli, yo acerqué la cabeza al hombro de Jaime y la apoyé allí. Me habría quedado así toda la vida, pero la peli terminó, las luces se encendieron y llegó el momento de salir del cine.

—Me ha encantado volver a estar contigo, Celia —me dijo cuando estuvimos fuera del centro comercial. Me agarró la otra mano y nos quedamos frente a frente.

—A mí también —le dije yo, mirándole a los ojos—. Me gusta mucho estar

contigo. Me gustas mucho tú.

Ya lo había dicho. Iba a pasar. Estaba claro que íbamos a besarnos.

Jaimelia o Cejota, o como leches nos llamaran ahora Julia y Marta, estaba a punto de ser real.

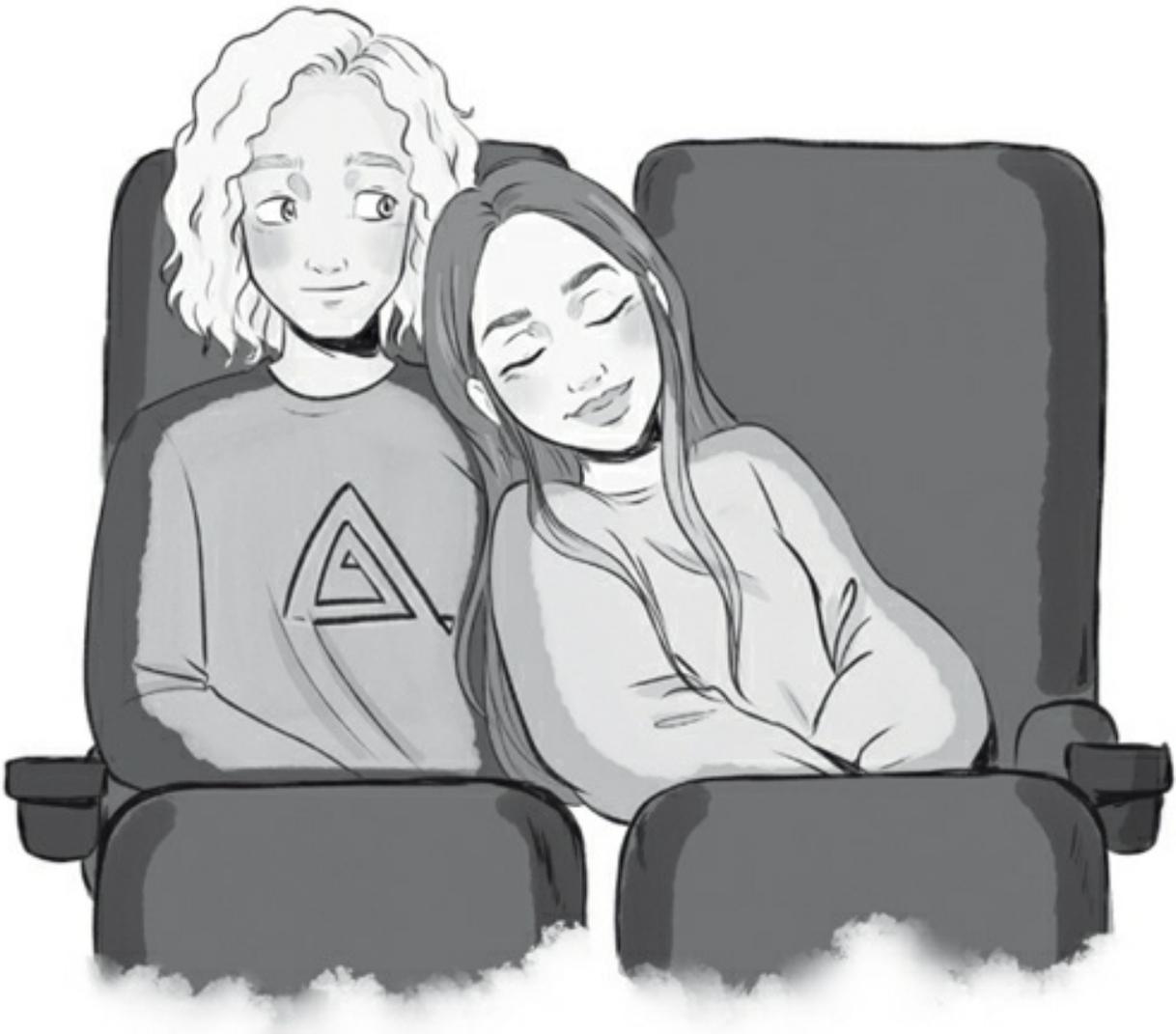
Pero, justo cuando Jaime cerraba los ojos y se acercaba a mí con los labios entreabiertos, me sonó el móvil.

Y se rompió la magia.

—¿Pasa algo grave? —me preguntó Jaime, preocupado.

—Perdona, es... Es Eva. Tengo que responder —me disculpé.

—Celia, tía, no sé dónde ni con quién estás, pero entra en nuestro canal —me dijo con voz enfadada—. Ha pasado una cosa superfuerte.



CAPÍTULO 14



Aunque era tardísimo, conseguí convencer a mi madre de que me llevara en coche a casa de Celia.

Sabía que era la única que podía entender lo que me pasaba.

Cuando me abrió la puerta de su casa, supe que había hecho bien.

—Menuda mierda —me dijo al oído—. Yo también estoy hecha polvo.

—Siento haberte llamado así, pero es que no me lo podía creer —le dije yo—. Encima, justo antes de verlo había quedado con César, y hemos vuelto a tener bronca otra vez. Necesitaba hablar con alguien que me entendiera, por eso te he llamado a ti. ¿Te he pillado mal?

—Qué va, acababa de salir del cine —me dijo Celia como si no tuviera importancia, pero apartó la mirada rápidamente.

—¿Del cine? —le pregunté, extrañada—. ¿Has ido dos días seguidos?

—Sí, he quedado con Jaime... —reconoció Celia.

—¡Ostras! ¡Celia, lo siento muchísimo! —me disculpé—. Seguro que te he estropeado la cita en lo mejor.

—Pues la verdad es que no... —respondió ella—. Parecía que iba a pasar algo justo cuando me has llamado. Pero, cuando he colgado y le he contado lo que pasaba, se ha puesto supertenso: ha mandado unos cuantos mensajes con el móvil y me ha dicho que se tenía que ir. ¡Ni siquiera me ha acompañado a coger el metro, con el disgusto que tenía encima!

—Mira, no le hagas ni caso —le dije yo—. Es como César, que se pone imbécil cada vez que le hablo del canal.

—No sé, la verdad es que me he quedado fatal... —respondió ella—. No solo por lo de Jaime. Es que te juro que no me lo podía creer cuando me lo has contado.

—¿Has visto el vídeo? —le pregunté.

—Solo he leído los comentarios. He visto que han hecho un tema original —me dijo ella—. Estaba esperando a que llegaras para verlo entero contigo, pero igual no te apetece volver a ponerlo.

Pues no, no me apetecía nada. Pero era algo que teníamos que hacer juntas.

—Entra en su canal —le pedí a Celia en cuanto entramos en su cuarto.

Celia encendió el portátil, puso YouTube y se metió en el canal de los Mystery Boys. Pinchó en el primer vídeo que había en el listado de subidos. No llevaba ahí ni dos horas, y ya superaba en visitas a nuestro *buspool* karaoke.

Y esta vez, encima, el suyo no era una cutrada.

Era una producción supercurrada... ¡en la que tocaban un tema propio! Se llamaba *Anonymous*, y no solo era original: es que, además, ¡era buenísimo!

Estaban en una especie de sala de ensayo, y lo habían iluminado todo para que no se pudieran ver sus caras, pero estaba claro que eran ellos.

Ellos, demostrando que no eran la farsa que nosotras queríamos hacer ver.

Ellos, demostrando no solo que sabían cantar, sino que además sabían tocar instrumentos y componer canciones.

Ellos, demostrando que no eran unos cazapartner sin más. Demostrándonos que llevaban burlándose de nosotras desde el principio.

Y dejándonos fatal delante de todos nuestros seguidores cuando su vídeo se cerraba con un plano en negro y una frase: «La originalidad se demuestra creando».

—No me lo esperaba —me dijo Celia, con los ojos como platos.

—Yo tampoco —respondí.

Levanté a su gata Piti, de encima de un almohadón, y me dejé caer encima. Celia cogió el otro, lo abrazó como si fuera un peluche y se sentó en el borde de la cama.



—¿Has leído los comentarios? —me preguntó, con la boca tapada por la almohada.

—Sí —confesé—. No debería haberlo hecho, pero me los he leído todos.

—¿Y?

—Nos ponen a parir: que si somos unas creídas, que si nos han enseñado quién vale realmente, que a ver para cuándo componemos nosotras una canción...

—¿Y qué vamos a hacer? —me preguntó Celia.

—¿Aparte de deprimirnos? —dije yo—. No tengo ni idea.



No quisimos volver a ver el vídeo ni hacer *scroll* para leer más comentarios. Las visualizaciones de los Mystery Boys no dejaban de subir... y nuestros suscriptores no dejaban de bajar. Los comentarios de nuestro *buspool* karaoke de repente se había llenado de críticas de *haters*, que era lo último que necesitábamos leer en aquel momento. Tuve que apagar el móvil y el portátil para que no nos llegara ni una sola notificación más.

Eva y yo nos quedamos un rato calladas, mirando al techo.

Piti vino a acurrucarse encima de mí y se puso a ronronear. Y de repente me di cuenta de que hacía mil años que no pasaba un rato así, tumbada en la cama, sin nada más que hacer que acariciar a mi gata. Solíamos pasar juntas tardes enteras, yo sentada en el escritorio y ella hecha una bola sobre mis piernas. Pero últimamente eso no pasaba mucho, porque casi no podía dedicarle tiempo a estudiar. Miré la mesa, donde los apuntes por pasar a limpio se acumulaban en una montaña gigante. En lo alto de la montaña estaba el libro sobre Canadá que le había prestado a Jaime hacía mil, antes incluso de que empezara todo lo de las Chicas del Bus.

Ay, Jaime.

La tarde con él había sido perfecta. Completamente perfecta. Al menos

hasta que de repente se había chafado todo, no sabía muy bien por qué. Estaba segura de que, si Eva no me hubiera llamado, habría terminado pasando algo con él. Un beso hubiera sido el lacito perfecto para terminar de envolver la tarde. Pero por culpa de los Mystery Boys...

Bueno, ¿de verdad era por culpa de los Mystery Boys?

¿O la culpa era más bien de las Chicas del Bus?

—Oye, Eva —le dije, después de estar un rato pensándolo—. Creo que ya sé lo que quiero hacer yo con esto.

—¿Se te ha ocurrido algo para contraatacar?

—No —dije yo—. En realidad, creo que lo que quiero es dejarlo.

—No te entiendo —dijo Eva, incorporándose en la cama.

—Pues que, en realidad, estos dos tíos no están haciendo nada muy distinto a lo que hacemos nosotras —le expliqué—. Se han montado un canal y han buscado una manera de conseguir seguidores para luego poder hacer su propia música.

—Ya, pero lo han hecho a base de copiarnos —protestó Eva.

—Y les ha funcionado —dije yo—. Pero, si te das cuenta, a ellos ser conocidos o no les da lo mismo, porque siempre se tapan la cara. Solo les importa que la gente les siga y disfrute de lo que hacen, no quieren ser *influencers*.

—Bueno, pues ellos se lo pierden —dijo Eva, que seguía sin entender por dónde iba yo.

—Pero al final las que nos estamos perdiendo cosas somos nosotras —le dije. Eva me iba a interrumpir, pero le hice un gesto con la mano para que me dejara continuar—. Estamos perdiendo el curso, tiempo para estar con nuestra familia, con nuestros amigos... Yo no dejo de pensar si estaré dejando pasar la oportunidad de estar con un chico que me gusta por centrarme demasiado en esto.

—Pensaba que lo que hemos conseguido con las Chicas del Bus también era tu sueño... —dijo Eva.

—Y lo es, Eva —respondí yo—. Pero, no sé, para mí está empezando a perder un poco de sentido. No lo disfruto tanto, echo de menos mi vida de antes y no me gusta nada esta guerra de *likes* que nos traemos con dos tíos que ni siquiera sabemos quiénes son.

—¿En serio estás diciendo que quieres cerrar el canal? ¿Justo ahora que estos dos aprovechados nos están dando una paliza? Yo no creo que sea el

mejor momento...

—Al menos por un tiempo, sí —dije por fin—. Creo que necesitamos un descanso.

Eva puso una cara como si se le hubiera roto algo por dentro.



Yo la abracé fuerte y le dije que no se pusiera así. Que no era un adiós, sino un hasta luego. Pero, cuando salió de mi cuarto, sentí que aquella no era una despedida normal.

Y que las Chicas del Bus habían perdido un poco de la magia que había hecho que se encontraran por primera vez.

CAPÍTULO 15



—¡Celia, no te vayas! ¡Celia! —Me desperté gritando.

Y el pobre Puc, asustado, se puso a ladrar como un loco.

—¿Se puede saber a qué viene tanto escándalo a estas horas de la mañana?
—preguntó mi padre, asomando la cabeza por la puerta de la habitación—. Si el despertador ni siquiera ha sonado...

—Siento haberte asustado, papá —le dije—. Es que he tenido una pesadilla.

Mi padre cerró la puerta, refunfuñando entre bostezos, y Puc se acercó a darme un lametón en la cara que terminó de despertarme del todo. Lo que le había dicho a mi padre era verdad. Había soñado que estaba en una estación de autobús y que Celia estaba en la parada. Yo intentaba hablar con ella, pero no me escuchaba. Se metía en el bus, y se iba sin mirarme siquiera mientras yo la perseguía pidiéndole que se quedara conmigo.

Vamos, un dramón de sueño.

Lo peor es que aquel sueño, en parte, era real: ya hacía casi dos semanas que no veía a mi amiga. Desde que me despedí de ella el día en que los Mystery Boys subieron *Anonymous*, casi no habíamos hablado, ni siquiera por WhatsApp. No sabía muy bien qué pasaba. No estábamos enfadadas, ni nada, pero... entre nosotras era todo muy raro. Yo la echaba tanto de menos que llevaba tres noches seguidas soñando con ella.

Estaba cogiendo el móvil para ver qué hora era y desactivar la alarma cuando me llegó un mensaje de César.

César: ¿Qué haces conectada tan pronto, lirón? ¿Esta noche tampoco has dormido?

7:08

Eva: Un poco más, pero he tenido un sueño horrible.

7:08

César: ¿Te apetece que te pase a buscar con la moto, y te animo un poco por el camino?

7:09

Eva: Guay, gracias. Te veo en un rato.

7:10



Menos mal que le tenía a él. Mi relación con César era lo único que había mejorado desde que había dejado el canal. En cuanto se enteró por Lara e Iván de lo que había pasado, me llamó como si nunca hubiéramos estado enfadados. De hecho, parecía superarrepentido. Era como si me hubiera hecho algo gravísimo (cuando en realidad solo habíamos discutido), y se pasaba el día entero intentando animarme. Seguro que se sentía mal por haber sido tan *hater* cuando las Chicas del Bus iban guay, y ahora quería compensármelo. En realidad, me daba igual por qué volvía a estar de buenas conmigo. Lo único que me importaba era que volvía a ser el de siempre. Y, gracias a su

compañía, extrañaba un poco menos a Celia.

Salí de la cama y me arrastré hasta la ducha. Se me hacía muy raro prepararme en silencio por las mañanas, pero cada vez que me ponía música me acordaba de Celia, y del canal, y me ponía supertriste. Me puse lo primero que vi en el armario, sin ni siquiera saber si combinaba, y no me maquillé. Pasaba de todo, y de lo que más pasaba era de llamar la atención. La misma gente que me iba siguiendo por el instituto como un perrito faldero cuando las Chicas del Bus molábamos todo ahora me ignoraban y se reían de mí a mis espaldas. Así que, cuanto menos llamara la atención, mejor.

No tardé nada en prepararme, hice la cama, me tumbé encima y me puse a cotillear *stories* en Instagram. Un par de contactos habían subido Musical.lys de *Anonymous*, y había varias *covers* circulando por redes. Los Mystery Boys llevaban dos semanas sin subir vídeo nuevo, pero no habían perdido ni un solo seguidor. De hecho, a su canal no dejaban de llegar peticiones para que subieran más música original.

A veces parecía masoquista, metiéndome a ver cosas que sabía que me iban a hacer daño. Apagué el móvil y lo tiré al colchón, cabreada.

Aún no había aterrizado en la cama cuando empezó a vibrar. Iba a pasar de mirarlo, pero pensé que igual era César, que ya estaba abajo esperándome, aunque me parecía un poco pronto. Toqué la pantalla para desbloquearlo, y abrí el WhatsApp.

Era un mensaje de Celia.

Y, solo con ver que era suyo, la nube negra que tenía en la cabeza se me aclaró un poco.



Desde que no me quedaba hasta las mil editando vídeos, me acostaba superpronto, pero ni con esas conseguía dormir bien. Me despertaba tropecientas veces por la noche, nerviosa, y no descansaba nada. Así que, cuando miré el despertador (después de apartarme la cola de Piti de los ojos, que se había dormido junto a mi cabeza), y vi que todavía faltaba media hora para que sonara, me cabreeé muchísimo.

¡Pues sí que empezábamos bien el día!

Estaba hecha polvo, pero sabía que no iba a poder volver a dormirme, así que me levanté. Quedándome en la cama solo iba a conseguir darle más vueltas al tema con el que llevaba dos semanas comiéndome el tarro. El tema que no me dejaba dormir.

¿Había hecho bien diciéndole a Eva que dejáramos el canal?

Mientras me quitaba el pijama y elegía la ropa que iba a ponerme esa mañana, me puse a pensar. Pensé en el momento en que se lo propuse, el día en que vimos el vídeo que los Mystery Boys habían subido. *Anonymous*. Sabía que Eva no quería dejarlo, pero en ese momento yo pensaba que era lo mejor. Creía que necesitaba tiempo para pensar, para descansar, para estudiar, para quedar con Julia y Marta, para descubrir qué pasaba con Jaime... En las casi

dos semanas que hacía que no la veía, había conseguido ponerme al día con los trabajos atrasados, sí, y Julia y Marta estaban muy contentas de que pudiera volver a pasar tiempo con ellas, aunque no terminaban de entender por qué había dejado el canal, pero con Jaime... No sé qué bicho le había picado después de la noche del cine, pero me evitaba como si de repente me tuviera alergia.

Vamos, un *fail* total de plan. Y yo cada vez me sentía peor.

Echaba de menos a Eva, a las Chicas del Bus y, sobre todo, echaba de menos la música. Daba igual que me pusiera un tema alegre o triste: cada vez que escuchaba una melodía, por mucho que me gustara, me acordaba de que había tirado la toalla con mi sueño.

Y me acordaba de Eva.

¿Qué más daba si la gente nos seguía más o menos que a los Mystery Boys? La música era lo que había unido a las Chicas del Bus. Eso era lo que más nos gustaba en el mundo, lo que mejor nos hacía sentir. Y eso era mucho más importante que ser más o menos conocidas en redes. Mucho más importante que la estúpida guerra de *likes* en la que nos habíamos metido con dos chicos que ni siquiera conocíamos.

En algún momento, a Eva y a mí se nos había olvidado todo eso. Y, ahora que yo me había dado cuenta de cuál era el problema..., no sabía cómo volver atrás y decírselo a mi amiga.

Todo esto pensaba mientras me duchaba, me vestía y me maquillaba. Me había despertado tan pronto y estaba tan acelerada que terminé mucho antes de que Ruth me llevara en coche al instituto.

Un montón de rato para comerme la cabeza.

Me senté en un sillón giratorio que tenía en mi cuarto y me puse a dar vueltas en él, con Piti en el regazo y el móvil en la mano.

Estaba harta de estar triste. Yo me había equivocado al dejar el canal, era verdad. Y Eva y yo nos habíamos equivocado juntas al dejar de disfrutar de las Chicas del Bus y convertirlo en un agobio máximo.

Pero podíamos arreglarlo. Juntas, igual que lo habíamos construido.

¿Cómo no lo había visto antes?

Paré la silla, encendí el móvil y, con una sonrisa en los labios, escribí un mensaje a mi amiga para quedar después del instituto en el Milky Shake.



CAPÍTULO 16



—¿Quieres tomar algo mientras esperas? —me preguntó el camarero del Milky Shake—. ¿Lo de siempre?

Lo de siempre era un *cappuccino* con vainilla y canela. Me gustó que se acordara, a pesar de que hacía quince días que ni Celia ni yo pasábamos por allí.

—Pero descafeinado, por favor —le pedí. Bastante atacadita estaba ya, como para encima meterme un chute de cafeína.

Y es que llevaba supernerviosa desde que había recibido el mensaje de Celia. Primero me había alegrado mucho de que quisiera quedar conmigo. Luego, como no había vuelto a escribirme en todo el día, había empezado a preocuparme. ¿Y si estaba enfadada conmigo? No se me ocurría por qué, pero tanto silencio era raro. O quizá el enfado no era por mi culpa, sino de los Mystery Boys, que habían vuelto a liarla. Aunque me había metido por lo menos un millón de veces en su canal y no había visto nada nuevo...

Porque, si no, ¿qué más podía ser?

—¡Celia! —grité cuando la vi entrar por la puerta del local. Me emocioné tanto que, ¡zas!, le di un rodillazo sin querer a la mesa y tiré el *cappuccino* al suelo.

—No te preocupes, que ahora te pongo otro —me dijo el camarero con una sonrisa—. Y si hacéis las paces y me prometes que volveréis a subir

canciones al canal, ¡yo te invito!

Ostras, ¡que el camarero del Milky Shake nos seguía! ¡Nunca me lo habría imaginado!

—¡Gracias! —grité, y salí corriendo a abrazar a mi amiga.

—¡Socorrito, Eva, afloja un poco! —se quejó Celia, entre risas—. ¡Que me vas a romper una costilla de tanto apretar!

—¡Ay, es que te he echado mucho de menos! —dije yo—. Y antes de que me des las malas noticias, quería aprovechar.

—¿Malas noticias? —me preguntó ella, extrañada—. ¿Qué malas noticias?

—¿No me has llamado por eso? —le pregunté yo—. Entonces es que estás enfadada conmigo...

—Eva —me dijo Celia, agarrándome de los hombros y mirándome a los ojos, seria—. No te he llamado para darte malas noticias. Te he llamado porque me apetecía quedar con mi amiga. Deja de montarte paranoias.

—Es que como siempre que quedábamos aquí era para hablar el canal, pues he pensado que... —Empecé a liarle.



—¡Eva, además de mi compañera de canal, eres mi amiga! —me dijo Celia, sentándose en nuestra mesa de siempre. El camarero acababa de limpiar mi desastre y había dejado un *cappuccino* nuevo para mí y un *moccaccino* con nata para Celia.

—Ya, ya lo sé —dije—. Pero desde que hemos dejado de hacer cosas para las Chicas del Bus, casi no hablamos.

—Por eso quería quedar hoy —me respondió Celia—. Porque hay vida más allá de las Chicas del Bus. Y a ti y a mí nos unen muchas más cosas.

—Sí, el destino, no te joroba —reí yo. Celia rio conmigo, pero, un segundo después, volvió a ponerse seria—. ¿Entonces quieres que cerremos el canal definitivamente?

—No —me dijo ella, negando con la cabeza. Yo suspiré, aliviada: me habría dado mucha pena perder todos los comentarios que nos habían dejado nuestros seguidores. Pero lo que me dijo a continuación sí que no me lo esperaba—: Quiero que volvamos a grabar y a subir vídeos.



Lo que acababa de decir dejó loca a Eva. Cogí la cucharilla, la hundí en la nata y me llevé un poco a la boca mientras veía su cortocircuito mental.

—¿Te estás quedando conmigo? —me preguntó, mosqueada, cuando se dio cuenta de que estaba sonriendo.

—Para nada —le dije yo—. Quiero que volvamos a subir vídeos —repetí—, pero quiero que dejemos de hacerlo por los *likes*, por darles a los Mystery Boys en las narices o porque nos inviten a eventos y nos promocionen las marcas.

—No te entiendo —dijo Eva—. ¡Pero si eras tú la que querías dejar el canal! ¡Lo tenías clarísimo!

—Ya, pero me equivocaba —respondí—. Estas dos semanas lo he pasado fatal. Pensaba que iba tener tiempo para hacer un montón de cosas: ponerme a día con el instituto, descansar, quedar con Julia y con Marta... —Vi la cara de pilla que se le ponía a Eva y añadí—: Sí, sí, y con Jaime. Pero ¿sabes qué? Me he pasado dos semanas amargada, echándote de menos y muriéndome de ganas de volver a cantar, de que hagamos el tonto juntas delante de la cámara como hacíamos al principio. Antes de que todo se convirtiera en un agobio y una carrera hacia no sé muy bien dónde.

—Ya... —dijo Eva, dándole vueltas a su *cappuccino* como si fuera una adivinanza en vez de un café—. Llevas razón. Yo también estaba empezando a agobiarme. Me gustaba más al principio, cuando hacíamos las cosas sin tanta presión, sin pensar en a quién le iba a gustar, o si esos dos parásitos nos iban a copiar...

—Pues eso es lo que quiero que volvamos a hacer —le dije—. Hacer música con el corazón, como hicimos ese día en la parada del bus. Cerrar los ojos y dejarnos llevar, sin pensar en quién pueda estar mirándonos o criticándonos.

—Yo también lo echo de menos... —reconoció Eva.

—Entonces, ¿qué me dices? —le pregunté—. ¿Nos terminamos el café y vamos a mi casa? Encendemos la cámara y, si nos sale algo guay, lo grabamos. Y si no...

—... pues no. Sin presiones —dijo ella, bebiéndose lo que le quedaba de *cappuccino* de un sorbo—. ¿Nos vamos ya?

—En bus, ¿no? —le pregunté yo, divertida.

—¡Claro! —respondió Eva—. Porque, si no, tendríamos que pasar a llamarnos las Chicas del Taxi.

Las dos nos echamos a reír y pedimos la cuenta, pero el camarero no nos quiso cobrar.

—La verdad es que me alegro un montón de volver a veros por aquí, y tan contentas. Eso significa que vuestros seguidores tendremos pronto un nuevo vídeo. —Nos guiñó un ojo—. Lo estamos esperando.

—Pero... —empecé a preguntarle a Eva mientras me arrastraba fuera del Milky Shake, muerta de ganas de llegar a mi casa.

—Ya ves, tía, los seguidores, que están donde menos te los esperas —rio ella mientras me lo explicaba.



Y así, entre bromas y risas, llegamos a mi casa. Nos metimos en mi cuarto. Encendí la cámara, y coloqué el micrófono y los focos para subir un directo, pero en una esquina, para no agobiarnos. Eva empezó a garabatear una letra en un cuaderno y yo cogí la guitarra y saqué unos cuantos acordes. Sin darnos cuenta, ¡habíamos empezado a componer nuestro primer tema original!

—Ostras, cómo echaba esto de menos —dijo Eva al rato.

Fuera ya estaba empezando a hacerse de noche.

—Sí, yo también. Se me ha pasado la tarde volando.

—¿Qué hora es? —me preguntó, sacando el móvil del bolso para mirar la hora. Pero, cuando deslizó el dedo por la pantalla para revisar las notificaciones del directo que acabábamos de subir, Eva puso una cara muy rara—. Celia, ¿has visto el mensaje?

—¿Qué mensaje? —pregunté yo, apartando a Piti de encima de mi móvil, que estaba en el escritorio.

—Los Mystery Boys han conseguido nuestro teléfono... —me dijo.

—... y quieren quedar mañana con nosotras en la parada del bus donde grabamos nuestro primer vídeo —terminé yo.

Dos perfiles sin foto y casi sin seguidores nos habían mandado *directs* por Instagram con mensajes idénticos.

—¿Y qué hacemos? —me preguntó Eva.

—Pues ir, claro —respondí yo.

Las Chicas del Bus habíamos decidido retirarnos de la guerra.

Pero si querían una última batalla, se la íbamos a dar.

CAPÍTULO 17



—¿No quieres que vayamos a la parada, entonces? —le pregunté a Celia.

—No, yo creo que es mejor quedarnos aquí —me dijo ella—. A ver si los que han conseguido nuestros móviles no son los Mystery Boys, sino dos pirados. Yo prefiero esperar a verlos llegar.

¡Ostras, claro!

Celia tenía razón. Pero, con lo temprano que era y el sueño que tenía, yo ni me había parado a pensarlo.

En el mensaje que nos habían mandado, los Mystery Boys habían pedido que nos viéramos antes del instituto. Celia y yo estábamos sentadas en un banco de piedra en un parque desde donde podíamos ver la parada. Aunque era muy temprano, había unos cuantos *runners* y algunas personas leyendo el periódico. Así que, si en vez de con nuestros competidores, habíamos quedado con dos tíos que estaban mal de la olla, teníamos a quién pedir ayuda.

—Oye, ¿y cómo vamos a saber que son ellos? —caí entonces.

—Eso mismo les pregunté yo, pero no nos lo han querido decir —respondió Celia, que miraba hacia la parada con los ojos entrecerrados—. Lo del misterio se lo toman muy en serio, por lo visto. Supongo que ellos vendrán a hablar con nosotras.



—Qué cobardes, sin dar la cara nunca —dije yo—. Las Chicas del Bus tienen más de ciento cincuenta mil suscriptores en redes. ¡Es fácil que sepan quiénes somos!

Estuvimos allí sentadas un buen rato, poniéndolos verdes. Cuando pasó media hora sin que nadie nos reconociera ni se acercara a nosotras, Celia resopló y miró el móvil.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

—Las ocho y cuarto —respondió ella, impaciente—. Como no aparezcan ya, vamos a llegar tarde a clase.

—Tía, yo creo que deberíamos pirarnos —dije—. Esto han sido dos imbéciles que han querido quedarse con nosotras. Seguro que hay alguien grabando con un móvil cómo hacemos el pardillo aquí esperando.

—Y luego lo sube a YouTube y lo titula «Plantón épico de los Mystery Boys a las Chicas del Bus» —rezongó Celia.

—Justo. *Clickbait* a saco —reí yo—. Anda, vámonos a clase, que ya hemos hecho bastante el pardillo.

Celia recogió la mochila del suelo, se la echó al hombro. Fuimos juntas hacia la parada, que era donde nos teníamos que separar para ir cada una a su instituto. Pero, cuando todavía estábamos a unos doscientos metros, vi que dos chicos de nuestra edad se acercaban a la marquesina.

—¡Celia! ¡Mira! ¡Son ellos! —le dije, dándole un tirón del brazo para que frenara.

—¡Vamos! —contestó, acelerando el paso—. ¡Eh, vosotros! ¡Os hemos reconocido! ¡Ya sabemos quiénes sois!

Justo cuando íbamos a alcanzarlos, llegó un autobús. Los dos chicos que esperaban en la parada se montaron en él, aunque antes se giraron para mirarnos como si estuviéramos mal de la cabeza.

—Qué ridículas somos, tía —le dije a Celia cuando el bus cerró las puertas.

—Anda que, como lleve yo razón y haya alguien grabándonos, le acabamos de regalar el momentazo de la semana en redes... —bromeó ella.

—Ay, espera un momento, que entre la risa y la carrera me ha dado flato —dije yo.

—Bueno, pero recupérate pronto, que en serio paso de llegar tarde. Tengo clase con el Hueso —me avisó ella.

—Tranqui, doña Puntualísima. Te prometo que no te van a poner un retraso por mi culpa —la chinché.

—Pero si no os importa llegar un poco tarde por culpa nuestra... —dijo un chico justo detrás de nosotras.

—... tenemos unas cuantas cosas que explicaros... —añadió otro.



—¿Jaime? —dije al darme la vuelta y verle en la parada del autobús.

—¿César? —preguntó Eva, llevándose las manos a la boca—. No —negaba moviendo la cabeza de lado a lado—. No puede ser. Decidme que no sois vosotros.

César se tapó la cabeza con el casco de la moto, Jaime se echó la capucha de la sudadera y pusieron la pose con la que los Mystery Boys cerraban todos sus vídeos.

OMG.

Si no eran ellos, los imitaban de maravilla.

—Os estáis quedando con nosotras —dije yo—. Si esto es una broma, no está teniendo ni un poquito de gracia.

—Ojalá —dijo César, separándose de Jaime para acercarse a Eva. Ella se apartó—. Pero no lo es.

—¡No me puedo creer que llevéis todos estos meses riéndoos de nosotras! —grité yo—. ¡Se supone que sois nuestros amigos!



—No te enfades, por favor —dijo Jaime, al escucharme gritar—. Dejad que os lo expliquemos.

—Tenéis cinco minutos —contesté yo, cruzándome de brazos.

—¿Por qué nos habéis hecho esto? —le preguntó Celia a César.

—Al principio solo queríamos gastaros una broma —respondió él—. Se nos ocurrió una tarde, ensayando. Tú acababas de mandarme un mensaje para cancelar un plan porque teníais un evento; Jaime justo acababa de invitarte a Celia a algo, y le dijo que no podía por lo mismo.

—Nos mosqueamos, e hicimos un vídeo imitando el vuestro porque nos sentó mal que nos dierais plantón —dijo Jaime—. Estábamos seguros de que ibais a daros cuenta de que éramos nosotros.

—Pues ya ves que no lo hicimos... —respondí yo—. Lo que no entiendo es por qué seguisteis imitando todo lo que hacíamos.

—Eso —protestó Eva—. ¿No se os ocurrió hablar directamente con nosotras, y dejaros de indirectas retorcidas?

—No será porque no lo intentamos —dijo César, intentando apoyarle las

manos en los hombros. Ella volvió a apartarse—. Pero es que, de repente, os cegasteis con la idea de superar a los Mystery Boys y ya sí que no nos hacíais ni caso. Al principio, lo del canal nos parecía guay, porque os veíamos disfrutar juntas haciendo música, que siempre había sido vuestro sueño, pero...

—Pero hubo un momento en que se os olvidó por qué lo hacíais —le interrumpió Jaime—. De repente, lo primero era el canal, tener cada vez más *likes*. Ya no es que no tuvierais tiempo para quedar con nosotros. Es que ni siquiera lo teníais para vosotras mismas. ¿O no?

Eva apretó los labios, sin querer reconocer que tenía razón.

—Los Mystery Boys nunca fueron en serio —nos dijo César—. A nosotros no nos interesaba ganar seguidores, ni nada por el estilo, por eso no enseñábamos la cara. Lo que queríamos era... Yo qué sé, que nos hicierais caso, supongo. Imitábamos vuestros vídeos de la manera más cutre que se nos ocurría para dejaros en ridículo, porque llevábamos fatal que pasarais tanto de nosotros, pero no pensábamos que fueran a gustar tanto.

—Pues claramente os equivocabais —dije yo—. A la gente le encantaban vuestras versiones de «coña» de lo que a nosotras nos costaba tanto hacer.

—Sí, se nos fue de las manos, y nos terminamos picando —reconoció César—. Porque, en vez de conseguir teneros más cerca, cada vez estabais más desaparecidas, cada vez más metidas en vuestro mundo de *influencers* y cada vez más obsesionadas con superarnos en seguidores. Lo convertisteis en una guerra, y no sabíamos muy bien cómo haceros ver que no queríamos dejaros mal.

—Pues subiendo *Anonymous*, precisamente, lo que conseguisteis fue dejarnos por los suelos —dijo Eva, dolida—. Ese vídeo lo colgasteis a malas, no me digas que no.

—Eso fue culpa mía —dijo César—. Era una canción que Jaime y yo habíamos compuesto para el grupo, e hicimos una especie de videomaqueta para enseñárselo. Pero después de la bronca que tuve contigo en el parque, me cabré y lo subí sin consultarlo con él.

—Fue justo después del día del cine, ¿verdad? —le pregunté a Jaime.

Él asintió.

—¿Por eso no quisiste volver a quedar conmigo después? —insistí.

—Me moría de la vergüenza —reconoció él—. Y me sentía fatal por haberos hecho eso.

—Decidisteis dejar el canal, y estabais tan de bajón... —añadió César—. De repente, volvíais a tener tiempo para estar con nosotros, pero os faltaba algo, y era culpa mía.

—Ahí nos dimos cuenta de lo importante que era el canal para vosotras —dijo Jaime—. Vosotras estabais intentando cumplir vuestro sueño, ¡y nosotros no hacíamos más que estropeároslo!

—Vamos a subir un vídeo para decir que nos retiramos, dando la cara y explicándolo todo. Pero antes queríamos decíroslo en persona —dijo César—. Os merecíais una explicación.

—Hemos sido unos idiotas, pero nos importáis mucho más de lo que pensáis, aunque os lo hayamos demostrado fatal —dijo Jaime—. Lo menos que podemos hacer es cerrar nuestro canal para no seguir haciéndoos daño.

Jaime y César miraron al suelo, muertos de la vergüenza, después de su confesión.

Eva y yo nos quedamos calladas, sin saber qué decir. Y, entonces, Eva salió disparada hacia César. Yo la agarré del brazo para frenarla, porque pensaba que le iba a arrear un tortazo, pero cuando llegó frente a él se lo pensó mejor.

—Eres un idiota —le dijo, mirándole a los ojos muy seria—. Eres muy muy idiota. Pero eres mucho más idiota todavía si piensas que os vamos a dejar cerrar el canal.

—No, los Mystery Boys se quedan —dije yo, mirando a Jaime—. Y van a ayudar a las Chicas del Bus a volver a llegar a lo más alto.

—¿Eso es que nos perdonáis? —me preguntó Jaime, cortado.

—No, eso es que os lo vais a tener que currar muchísimo más si queréis que os perdonemos —respondí yo, dejándole claro que no se lo íbamos a poner nada fácil—. Pero es un buen comienzo, chicos misteriosos.

CAPÍTULO 18



—¿Habéis traído los focos y el trípode? —le pregunté a Iván cuando bajó del coche de los padres de Lara.

—Que sííí, pesaaada. ¡Si me lo recordaste quinientas veces ayer al salir del instituto! ¡Como para que se me olvide! —respondió él, tendiéndome una de las dos bolsas que llevaba en las manos.

—Es que como cuando te lo pedí estabas como una babosa besuqueando a Lara, no sabía si me habías escuchado —le dije, riéndome.

—¡Anda, mira quién fue a hablar! —protestó Lara, que venía a su lado, con la cámara de vídeo y el trípode colgado del hombro—. Como si tú y César no estuvierais todo el día pegados como dos lapas.

Vale, pillada.

Lara tenía razón: no era la más indicada para criticar a parejitas pastelosas. Pero es que César se lo había currado tanto para que le perdonara por todo lo que había pasado con los Mystery Boys que..., bueno, al final habíamos terminado siendo más que amigos.

Sí, Cévar era real.

—¡Pero si tú eras nuestra fan número uno! —le dije.

—Ya, es verdad... —reconoció ella—. Pero me hacía mucha más gracia cuando solo era un *shipeo*.

—Anda, dejad de rezongar tanto y venid por aquí, que ya llegamos tarde —

dijo César, soltándome de la mano para ir a ayudar a Lara. Se echó la funda de la guitarra a la espalda y cogió la bolsa que tenía el trípode—. Pero ¿qué traes aquí, piedras?

—Es que hoy me he traído el trípode bueno —sonrió ella—. La ocasión lo merecía.

—No conocía este parque, pero mola muchísimo —dijo Iván.

—¿A que mola como localización para grabar nuestro primer vídeo en exteriores? —le dije yo.

—Ya te digo. ¿Qué mejor sitio para reconciliarnos que donde tuvimos nuestra primera bronca? —rio César.

—¡Eres un idiota! —le dije, haciendo que le daba con la bolsa de los focos—. ¡Cuando tuvimos esa bronca, ni siquiera estábamos juntos!

—Ah, pero gracias a ella se destapó todo el pastel, y por eso ahora estamos donde estamos... —respondió él, apartándose de mi bolsa-proyectil.

—Anda, dejad de tontear y vamos a darnos prisa —nos interrumpió Lara—. Que la bolsa esta pesa mil..., ¡y ya sabes cómo se pone Celia si llegamos tarde!



—¿Dónde se han metido César y Eva? —pregunté, impaciente—. ¡Ya vamos con quince minutos de retraso!

—Tranqui, Celia —me dijo Jaime, abrazándome por detrás—. César y Eva venían en moto y bastante cargados, y a Iván y Lara los traía el padre de Lara en coche. Igual han pillado atasco, o se les ha olvidado algo y han tenido que volver... No seas impaciente.

Yo me revolví para que me soltara, pero, antes de hacerlo, Jaime aprovechó para darme un beso en el pelo. Y entonces se me pasaron de repente las ganas de soltarme, el cabreo y la impaciencia. Volver a impulsar el canal era la segunda mejor cosa que me había pasado en los últimos meses. La primera había sido atreverme a dar el paso de estar con Jaime.

Pero eso no se lo reconocería ni muerta.

—¡No me beses, que me distraigo de lo importante! —le dije, enfadándome con él en broma y terminando de apartarme de él—. ¡Además, me estás clavando la funda del bajo!

—Vale, vale, fierecilla, no te pongas así... —se disculpó Jaime.

—Ay, es que estoy un poco nerviosa —reconocí al final—. Hemos puesto en todas partes que íbamos a subir vídeo a las ocho, y son casi las tres de la

tarde, ¡y ni siquiera hemos empezado a grabar!

—Seguro que se para el mundo si el primer tema original de las Chicas del Bus con los Mystery Boys se sube a las ocho y cinco en vez de a las ocho —se burló Julia de mi agobio.

—Estás desactualizadísima —le dijo Marta—. Ya no se llaman así. Ahora son MBC.

—¿MBC? —preguntó Julia como si le hubiera hablado en chino.

—Mystery Bus Crew, tía, que no te enteras —le dije yo.

—Yo creo que Julia es la única persona del instituto que no nos sigue en redes —rio Jaime.

—¡Para qué queréis que os siga en redes, si me toca tragarme todas las grabaciones en directo! —se quejó ella—. ¡Es la única manera de veros el pelo!

—¡Y de peinárnoslo, que sabemos que te gusta! —le dije yo, dándole un abrazo.

Desde que Eva y yo habíamos decidido fusionar nuestro canal con el de César y Jaime, Julia y Marta se habían convertido en nuestra peluquera y nuestra maquilladora oficiales.

—Pues espero que te hayas traído el cepillo hoy, Julia, porque con el viajecito en moto traigo unos pelos que parece que he metido los dedos en un enchufe —dijo Eva, que apareció en aquel momento por un caminito entre los árboles. Traía las manos juntas, como si viniera rezando porque no me enfadara—. ¡No nos mates por el retraso, que te juro que no ha sido culpa mía!

César me miró, sonrió y se encogió de hombros.

Yo no pude evitar reírme.

En fin, qué le íbamos a hacer. Eva era así de desastre, pero precisamente por eso la queríamos.

Mientras Julia y Marta terminaban de retocarnos, Lara e Iván colocaron el trípode y los focos. César y Jaime terminaron de afinar el bajo y la guitarra.

—Estáis geniales —dijo Marta cuando estuvimos en nuestros puestos.

—Ya te digo —dijo Iván—. Vais a romper Internet con este vídeo.

—Hasta yo os voy a dar un *like* —nos prometió Julia.

—¿Preparados para subir el primer tema de MBC compuesto por los Mystery Boys y letra de las Chicas del Bus? —nos preguntó Lara, encendiendo la cámara y enfocando hacia nosotros.

—¡Preparados! —dijimos los cuatro a la vez.

—Pues ¡luz, cámara y... acción!



**El libro de las musical.ly más potentes del momento.
Una novela repleta de amor, amistad y un pequeño gran misterio por
resolver. ¡Ah! Y por supuesto, todo ello envuelto con mucha música.**



Eva y Celia no se conocen, pero tienen sueños muy parecidos. A las dos les encanta la música, la moda y son muy activas en redes sociales. Aunque sus canales no terminan de despegar del todo, se imaginan compartiendo sus canciones, sus gustos y sus inquietudes con miles de seguidores.

Un día, sus destinos y sus voces se cruzan por casualidad en una parada de autobús. La cámara de un móvil graba el momento y lo que tanto tiempo han querido se convierte en realidad.

Amistad, seguidores, popularidad... ¡Lo tienen todo!

Pero justo en lo mejor del sueño, dos chicos misteriosos empiezan a hacerles sombra.

¿Quiénes son, y qué quieren esos dos imitadores que amenazan con arrebatárles seguidores?

A Eva y Celia les ha costado mucho llegar donde están, y están dispuestas a defenderlo de quien sea y como sea...

... aunque para ello tengan que librar una auténtica **guerra de likes**.

© 2018, Eva Ibáñez y Celia Dail
© 2018, 2btube Studios S.L.
© 2018, Judit Mallol, por las ilustraciones
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3358-5

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Judith Sendra

Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[Guerra de Likes](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Sobre este libro](#)

[Créditos](#)